

EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.

PRECIO DE SUSCRICION.

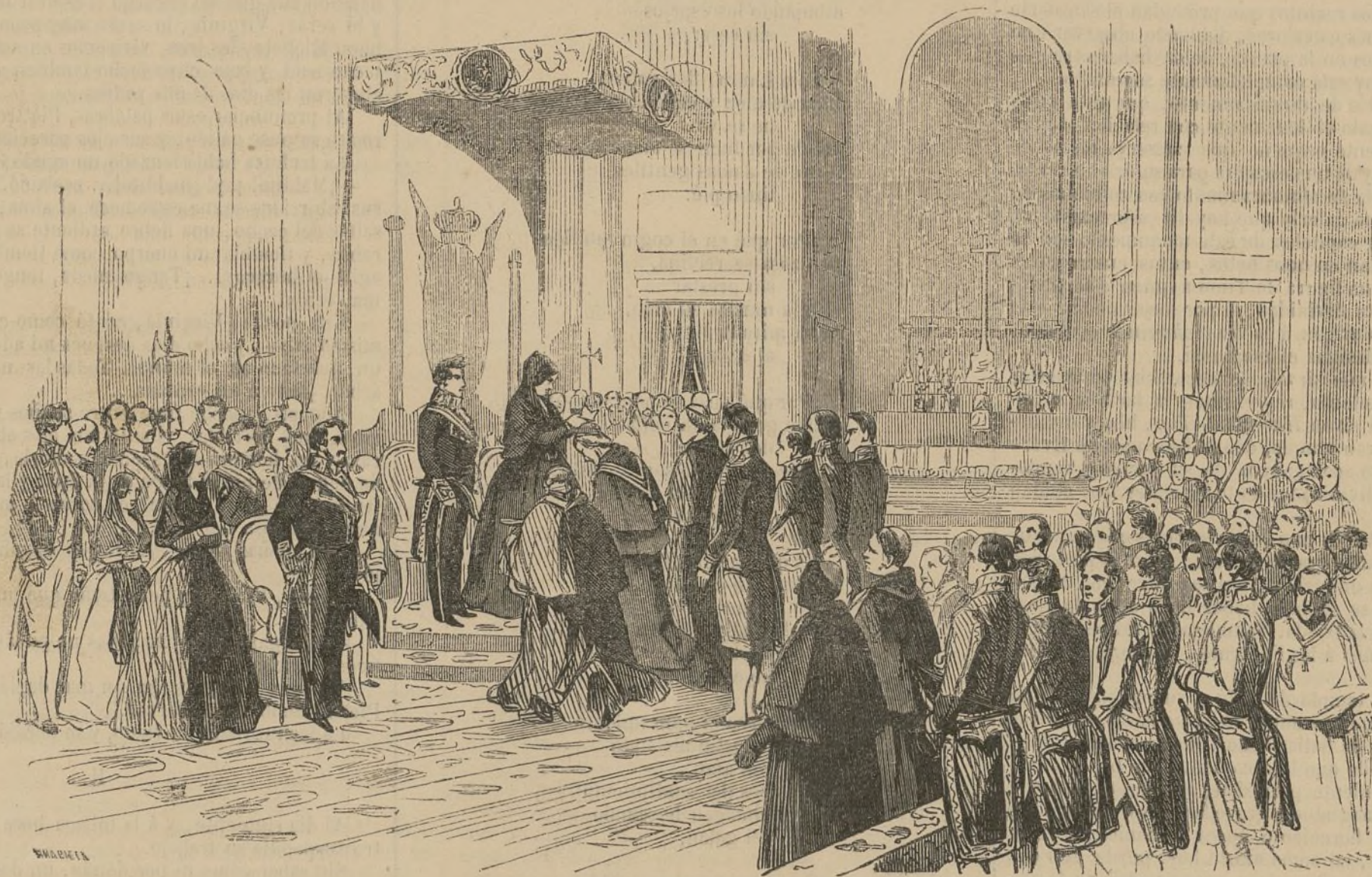
EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 47.—18 Noviembre 1860.

Este periódico sale todos los domingos.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.



Ceremonia de la imposición de birretes cardenalicios en la capilla Real de Madrid.

SUMARIO.

Templo de Aroeris en Edfú (Egipto).—El poder de los recuerdos (poesía), por don J. García de la Foz.—El hombre negro, por don Serafín Cánovas del Castillo.—En un album (poesía), por don Enrique Hernández.—Elfride, (continuación).—Los dioses lares, por don Javier de Palacio (continuación).—Cartas inocentes, por F.—Lo que es el prójimo, por don José Lesen y Moreno.—A. S. (poesía), por Alejandro.—Fábrica de tabacos de Madrid.—El ambicioso por amor, por don Castor Aguilera (conclusion).—Nada hay nuevo sino lo que ha envejecido, por don P. de Prado y Torres.—Proverbios, refranes y modismos, por don V. Joaquín Bastús.

LÁMINAS. Ceremonia de la imposición de birretes cardenalicios en la capilla Real de Madrid.—Pórtico de Nuestra Señora de París.—Fuente de la calle de Segovia (Madrid).—Vista interior de uno de los oreos de la fábrica de tabacos de Madrid.

TEMPLO DE AROERIS EN EDFÚ.

(EGIPTO.)

En la orilla izquierda del Nilo, á un cuarto de hora de la parte baja del mismo río, que parece haber alejado su lecho del monumento, y hácia la cordillera arábiga, se encuentra el templo de Edfú, que está situado en el alto Egipto á cosa de veinte leguas de Tebas, y por los 25º de latitud septentrional.

Este templo, que en tiempo de los egipcios se llamaba de Hatfuit, y despues templo de Apollinopolis Magna en tiempo de los griegos, estaba principalmente dedicado á Aroeris, el Apolo de la mitología griega y romana. Aroeris era hijo y formaba parte de la triada del templo, completada por el dios Har-Hot, ciencia y luz celestiales personificadas, y cuya imagen en el mundo material es el sol, y por la diosa Athor, que era la Venus egipcia.

Este grande y magnífico templo es uno de los mas interesantes y completos de todo el valle del Nilo; mas por desgracia se halla enterrado entre las chozas de fellahs que sucesivamente se han agrupado y sobrepuesto, así en la parte interior como alrededor y en el terraplen de este monumento. Si tanto el templo como el *mammisi* que le pre-

cede estuviesen libres de la tierra en que han quedado casi sepultados, se podría terminar la descripción necesariamente incompleta que procuraremos hacer de ellos.

Empezando el exámen por el gran templo que tiene hasta 138 metros de longitud por 65 próximamente de anchura, se ofrecen primeramente dos pilones colosales que miran al Mediodía, y que anuncian magestuosamente desde larga distancia la entrada del templo. Adornan estos pilones unas esculturas gigantescas talladas en los mismos muros; encima, en la gran fachada exterior y en dos hileras, se ven las divinidades del templo y las de los templos del *nome* ó provincia, sentadas en sus tronos y recibiendo las ofrendas de los Tolomeos Sotero II y de su hermano Alejandro, que se hicieron representar en estas esculturas, mandando se grabasen sus nombres y antenombres. En la parte inferior del pilon occidental, se alcanza á ver aunque confundido la mitad entre los escombros, un Tolomeo de tamaño colosal que con el arpon divino castiga á los pueblos rebeldes, á quienes tiene cogidos con una sola mano agrupados por los cabellos. En la parte baja del cuerpo de la derecha se vé un bajo-relieve pequeño y malo, inoportunamente añadido, que representa al emperador Claudio adorando á las divinidades del templo y á las del *nome*; y finalmente, en la cara interna del mismo cuerpo se advierte, en medio de otras esculturas y ofrendas de devoción, un Tolomeo que figura sin duda elevar un obelisco con una cadena.

Los pilones cubiertos de esculturas en sus diversos frentes, excepto sin embargo en las facetas internas, contienen los huecos inferiores y los agujeros que servían para erigir y sostener los grandes mástiles empavesados que sobresalían por encima de los pilones. Interiormente tienen unas escaleras que conducen desde la esplanada de las galerías del patio á los terrados de los pilones y á los cuatro pisos de piezas alumbradas por ventanas á través de las esculturas de los pilones, lo cual prueba que son posteriores las esculturas: un pequeño terrado que hay encima de la puerta principal del templo, sirve de comunicacion entre los dos pilares.

Obsérvese que en casi todos los lados de los pilones faltan las cornisas, y se cree con algun fundamento que las hiladas que las componían se derribaron á tierra para emplearlas en construcciones posteriores; á no ser que se quitasen por mero espíritu de destruccion, y que existan entre las ruinas

con los obeliscos, que debieron estar situados á derecha é izquierda de la entrada del templo.

La puerta por donde se entra al gran templo es todavía muy alta, á pesar de hallarse enterrada casi una mitad de su base; su jamba está cubierta de esculturas de ofrendas y coronada por una cornisa de perfil egipcio, que lleva por adorno el globo con serpientes aladas. Es notable esta puerta á causa de las dos consolas ó adrajas que tiene á derecha é izquierda el travesero superior; en ninguna puerta de los monumentos conocidos de Egipto se encuentran semejantes piedras, las cuales dan lugar á sospechar que servirían para sostener una gran cortina, ó que se enlazarían con algun pórtico de madera del cual pendería un velamen, como se advierte frecuentemente en los bajos relieves de los monumentos. Esta puerta da entrada al patio del templo, que está rodeada de pórticos por tres lados, y precede á un hermoso pronaos de diez y ocho columnas situado en el fondo del patio; pero desgraciadamente tanto el pronaos como el patio y los pórticos se hallan cubiertos en gran parte por la tierra.

El edificio sirve hoy de almacenes á los granos y diezmos del gobierno de Mehemet-Alí, y está ocupado todo el día por unos muchachillos fellahs, que subidos en los terrados y en unas tapias bajas de tierra, mueven mucho ruido para evitar que se coman los pájaros las contribuciones del Estado.

De entre los escombros se ven salir las jambas y cornisas del pronaos; las cornisas tienen mas elevacion que las que coronan las pequeñas paredes unidas á los demas intercolumnios; en el pronaos se distinguen dos capiteles palmeras que contribuyen mucho á la elegancia de su fachada.

Todas las columnas, frisos y cornisas, todas las caras de las murallas tanto interiores como exteriores del patio y del pronaos, están cubiertas de esculturas simbólicas, inscripciones geroglíficas, pinturas de ofrendas y devoción, y cartones de los Tolomeos, entre los cuales se ven los de Filopator, de su hijo Filomator, de Evergete II y de Sotero II.

Champollion el jóven observó en el pronaos, entre las esculturas que le adornan, el dios del oriente, Har-Hot, identificado con el sol, su occidente y sus diferentes formas simbólicas en cada una de las doce horas del día, con los nombres de todas estas.

Al presente no permiten las ruinas penetrar mas en el templo por la parte del pronaos, y únicamente pasando por una estrecha abertura que hay en el terrado, y por un pasillo angosto, y oscuro, se llega á la naos que sigue al pronaos de que hemos hecho mencion. Esta naos, sin luz ni ventilacion, está llena de murciélagos, que despertando de su sueño letárgico al ruido y á las luces, á cada momento amenazan con su fúnebre vuelo apagar la indispensable antorcha del observador. La elevacion de los escombros amontonados en este infecto recinto es tal, que apenas puede alcanzarse á ver la parte superior de algunos capiteles de las doce columnas que comprende la naos, hallándose además completamente obstruida la puerta que conduce al santuario. Únicamente por la parte exterior se advierten vestigios de las escaleras que subian desde el exterior al terrado del monumento, y se pueden calcular las proporciones del santuario y de los salones adyacentes. En la superficie y encima del muro posterior del santuario, hay esculpidos unos bajos relieves de ofrendas, y unos medios leones en estátua. Estos contenian unas gárgolas por donde salian las aguas é inundicias del terrado.

Mas lejos existen los recintos que protegian el santuario contra las profanaciones exteriores, debiendo observar que además de los indicados en la planta, debia haber otro recinto general, que hoy está completamente sepultado.

El mammisi, ó sitio de alumbramiento, que está en la parte anterior y colocado oblicuamente con relacion al gran templo es un monumento pequeño que conserva restos de un ático de una pieza y de una escalera para subir al terrado. En el fondo está la sala de alumbramiento con columnas en medio, y alrededor una galería que hoy dia solo existe en tres de sus lados. Los capiteles de este monumento son de flores de loto, y rematan en unos netos, cuyas cuatro caras estan adornadas por una figura de Tifon á quien está dedicado el mammisi. Esta divinidad, ó por mejor decir, este genio del mal ha dado origen á la voz *tiphonium* ó tifonio, con que asimismo se designa el mammisi.

Los bajos relieves que sirven de decoracion al interior de la sala de alumbramiento, representan la lactancia, infancia y educacion del joven *Har-Sont-Tho*, hijo y divinidad de la triada del gran templo, con la fisonomia de Evergetes II. Esta figura va acompañada de su carton y representada en medio de divinidades de todas clases que cuidan del joven Tolomeo.

El mammisi de Edfú es uno de los mayores que se conocen. Este pequeño templo que se halla en cuantas partes se tributaba adoracion á una triada, era la imagen de la morada celestial en que se suponía haber dado á luz la diosa al tercer personaje de la triada. Tambien las reinas iban á dar á luz en el mammisi á los Faraones, que eran tenidos por semidioses.

A pesar de que el templo de Edfú y su mammisi están en gran parte confundidos entre los escombros y chozas de los fellahs; á pesar de hallarse destruidos considerablemente y mutilados, y de que la ornamentacion por lo afectada y por su inconveniente profusion, manifiesta la decadencia de la noble y magestuosa gravedad de los monumentos construidos en la floreciente época faraónica; á pesar de todo esto, decimos, tal como existe hoy, puede aun dar muy alta idea de la magnificencia y grandiosidad de la arquitectura entre los antiguos egipcios.

Sabido es en efecto, que los griegos, en cuyo tiempo se erigió este monumento, no lo destruyeron todo, como anteriormente lo habian hecho los persas, sino que por el contrario restauraron, construyeron y dejaron que construyesen los mismos egipcios los templos de la religion egipcia.

El observador que visite el monumento de Edfú observará en él gran sencillez en las masas, gravedad, severidad de líneas, que son el sello del sentimiento de perpetuidad que los egipcios se esforzaron en dar á sus monumentos, si es que no prefiere el extraordinario esmero empleado en la construccion propiamente dicha de aquellos inmensos peñascos, tan bien cortados, cuadrados y unidos entre sí, que apenas se distinguen sus juntas. En la disposicion de la planta, tan admirable y tan sencilla en sus líneas, conocerá que además de la gran cerca, hoy oculta entre la tierra, y que contenía una fuente de agua lustral, no estando el Nilo cerca del templo, conocerá, repetimos, que solo se podia penetrar desde el gran patio en el primer recinto del templo propiamente dicho; que únicamente por medio de varias salas mas y mas próximas al santuario se podia penetrar en las otras salas y recintos contiguos al mismo santuario, y por fin que estas salas y recintos son progresivamente mas pequeñas, lo cual indica que en dicho santuario no podian penetrar sino muy pocos sacerdotes iniciados. En la ornamentacion que no es ligera, como la de otras muchas arquitecturas, verá tambien el observador todos los vegetales, animales y símbolos, consagrados por los egipcios, en la representacion de los personajes con actitudes tan envaradas, advertirá las formas consagradas, calcadas y únicas para todo el Egipto, y quizá la prevision del legislador que no quiso se tributase á la copia un culto debido solamente al original, en las pequeñas claraboyas que atraviesan las plataformas, y que bastan para dar luz á las salas tendrá una pueba de que la arquitectura egipcia no es una arquitectura prestada, si no el resultado de la constitucion del suelo, del clima, de las producciones, y la espresion exacta de las necesidades religiosas y políticas de la época, dando al propio tiempo esta arquitectura por su grandiosidad y magnificencia un gran concepto de la pompa religiosa, y haciendo superior, mas bien que inferior, la reputacion de este pueblo á su increíble fama.

Réstanos solo desear que el templo de Edfú, tan completo é interesante, se vea enteramente libre de las inundicias en que está casi sepultado, para que pueda tenerse entonces á la vista lo que ahora nos vemos obligados á suponer, y para que los dignos discípulos de Champollion el joven, recojan todos los datos preciosos que contiene tan

magnífico monumento sobre la teogonía tan estensa y poco conocida de los antiguos.

EL PODER DE LOS RECUERDOS.

Sobre alfombras de Turquía
traza curvas caprichosas
leve el pié
de mil risueñas hermosas
que escuchan con alegría
tierna fé.

Suena armoniosa la orquesta
y entre brillantes reflejos
al girar
van las reinas de la fiesta
dibujando los espejos
sin cesar.

Solo Laura, flor galana,
niña de diez y ocho abriles
no se ve
donde por lucir se afana
turba de damas gentiles
lindo pié.

¿Por qué en el cogin mullido
perezosa se reclina,
sin prestar
ni á la música su oido,
ni su mirada divina
al danzar?

¿Por qué aísla el pensamiento
donde goza tanta bella
del placer?
Es que un tierno sentimiento
imperla en el alma de ella
sin querer.

Es que la niña atesora
una imagen con amante
frenesí,
pero la imagen que adora
y á la que busca incesante
no está allí.

Y por eso el pensamiento
del grato festin aislando
con afán,
á impulsos del sentimiento
vuela la imagen buscando
del galán.

Que no gozan los sentidos
de los placeres que ofrece
la funcion,
si con recuerdos queridos
enamorado padece
el corazon.

J. GARCIA DE LA FOZ.

EL HOMBRE NEGRO.

(TRADICION.)

Tengo horribles presentimientos.
(Sœur MARGUERITE.)

I.

En la risueña y poética campiña de la ciudad de Nápoles, y en uno de sus puntos mas pintorescos, existia á fines del siglo pasado una blanca y humilde casa.

Una tarde, era ya la puesta del sol, un joven escultor se hallaba sentado á su puerta trabajando en una estátua próxima á concluir.

El sol hundia su frente en el ocaso, recogiendo uno por uno sus rayos, y poco despues solo quedaba un ligero resplandor que coloreaba débilmente el horizonte.

El joven suspendió el trabajo hasta el dia siguiente, descubrióse con religiosidad, y rezó por lo bajo una oracion. Al terminarla, dos gruesas lágrimas, que se apresuró á ocultar, rodaron por sus mejillas, viéndose de pronto sorprendido por una persona que no aguardaba.

Era esta una niña que comenzaba la primavera de su vida, hermosa en extremo, y cuyo dulce mirar y rostro angelical decian bien á las claras la candidez de su alma. Vestía con airosa sultura el gracioso traje de las campesinas napolitanas, y en su mano derecha llevaba un precioso ramillete de flores á cual mas bellas y caprichosas.

—Buenas noches, Pietro, dijo con ternura al escultor.

—Que Dios te bendiga, mi buena Virginia, contesto él.

La joven le miró al rostro, le vió triste, sus ojos humedecidos, la vista en el suelo, y exclamó:

—¿Pietro, Pietro! tú estás triste, tú has llorado... ¿qué tienes? Nunca has ocultado nada á tu buena Virginia...

Pietro sin escucharla casi murmuró para sí:

—¡Un año! ¡Un año!... ¡madre mia de mi corazon!...

La joven tomó asiento junto al escultor, y rodeándole el cuello con sus torneados brazos, le dijo con acento cariñoso:

—¿Verdad, Pietro, verdad que es muy triste perder el cariño de una madre? ¡Vale tanto una madre!... Como tú perdiste la mia, y como tú soy huérfana tambien hace ya dos años. ¡Dos años, en los que ignoro cuál habría sido mi suerte sin el apoyo y sin el cariño de mi buen hermano Michelo!...

El joven la miró, y comprendiéndole ella añadió:

—Y sin tu amor, mi adorado Pietro.

—Quedábase á tí un hermano, Virginia, mientras que á mí...

—Eres injusto, sí, muy injusto con nosotros. ¿Y Michelo, y yo, tu esposa... futura?

Pietro salió de su abatimiento, besó á Virginia con alegría en la frente, y la estrechó contra su corazon.

—¡Oh! sí, dijo: hoy hace un año que á esta misma hora, entregó su alma á Dios mi santa y querida madre; hoy hace un año que me encargó al espirar te hiciera mi esposa, y lo serás, Virginia, lo serás muy pronto; y tú, y nuestro buen Michelo, los tres, viviremos en esta casita, bajo cuyo techo nací, y bajo cuyo techo tambien comenzaron y concluyeron los dias de mis padres.

Al pronunciar estas palabras, Pietro quedó inmóvil, su rostro se puso pálido, y sus ojos parecian espantados.

La lechuza habia lanzado un agudo chirrido.

—¡Maldita! ¡ay! ¡maldita!... exclamó. Cada vez que oigo sus chirridos se me estrema el alma, mi corazon quiere saltar del pecho, una fiebre ardiente se apodera de mi cerebro, y tiembla mi cuerpo como tiemblan las ramas que agita el huracan... ¡Tengo miedo, tengo miedo de esa ave maldecida!

Una noche, Virginia, cantó como canta ahora, en ese mismo árbol, y ocho dias despues mi adorada madre dejaba un huérfano en el mundo. Todas las noches canta en ese árbol, junto á mi ventana...

Además, anoche tuve entre sueños una aparicion horrible, muy horrible: vi ante mis ojos abiertas dos sepulturas, y un hombre de aspecto sombrío, misterioso, vestido de negro, de pié al borde de la fosa; y la lechuza allí, cantando como ahora. —¡Oh! el corazon me dice que alguna desgracia pesa sobre mí.

—Tú sueñas, buen Pietro, te engañas; interrumpió la joven.

—Ojalá, Virginia; pero temo que muera nuestra felicidad.

—Te engañas, Pietro; Dios no puede querer que muera nuestra dicha.

Virginia estaba hecha un mar de lágrimas, y el pobre Pietro temblaba de terror.

La lechuza alzó su vuelo, y se perdió en la oscuridad.

II.

Al dia siguiente, y á la misma hora del anterior, Pietro suspendia su trabajo.

Sin saber cómo ni por dónde, un desconocido se le presentó.

Iba vestido de negro.

—Buenas noches, Pietro Bembo, le dijo.

—Muy buenas, contestó este, ¿qué me quereis?

—Os necesito.

—Perdonad: en este momento no podria haceros una estátua de una pulgada.

—Os necesito, Pietro, y aun cuando tuviera que pagaros adelantado el importe de diez años de trabajo, seria preciso que lo abandonárais todo.

—¿Tanta prisa os corre?

—Mucha.

—¿Qué quereis, pues?

—Necesito un grupo que represente un joven desconsolado, llorando al pié del lecho mortuario de su amada: os doy cuatro meses de tiempo. Tomad diez mil coronas, importe adelantado de vuestro trabajo.

—Esperad, repuso Pietro; me es imposible en tan corto tiempo.

El desconocido movió la cabeza con ademan imperioso, y dijo:

—Tomad los bocetos.

Y trazó en la pared dos figuras, tan perfectas y tan bellas por la valentía de sus contornos y de sus líneas, que Pietro se quedó asombrado é inmóvil.

El escultor, despues de mirar atentamente los bocetos, dijo al desconocido:

—No me atrevo: faltan las cabezas á esos bocetos, y temo echarlos á perder añadiendo mis ideas. ¿Teneis la bondad de trazármelas tambien?

—Dentro de cuatro meses.—Adios.

Y el desconocido desapareció.

Pietro no volvia de su sorpresa, y se perdia en mil conjeturas sobre el misterioso personaje; pero poco á poco se fué recobrando, al considerar que Virginia iba á ser suya, que los deseos de su madre se iban á cumplir.

Al otro dia se puso á trabajar sobre el grupo; pero cuantas veces ensayó copiarla, otras tantas conoció la insuficiencia de sus fuerzas.

El poder creador le habia abandonado.

Era imposible sacar la obra con perfeccion, y se pasaron en ensayos inútiles los tres primeros meses del tiempo fijado, sin que Pietro comenzara su trabajo.

III.

Al terminar el tercer mes, Pietro pudo emprender su trabajo, con mucha alegría por su triunfo. Pero bien pronto tornó á su sombría melancolía.

El sér á quien mas amaba en el mundo, Virginia, con quien iba á unir su suerte muy pronto, cayó gravemente enferma, y Pietro, no queriendo separarse de su amada ni un momento durante el peligro, trasladó su taller á casa de su novia, y siguió con ardor trabajando día y noche, hasta el punto de sorprenderle el amanecer alumbrado por los rayos de su lámpara.

El último día del tiempo fijado, el grupo se vió concludido, y por la noche Pietro velaba á su pobre Virginia, cuya gravedad habia llegado al estremo.

Una lamparilla, colocada ante una imágen de la Virgen de los Dolores, alumbraba con luz débil y agonizante la habitación en que Virginia se encontraba, y un suave viente-cillo se movia jugueteando con las blancas cortinas de la ventana.

Pietro se hallaba arrodillado á los pies del lecho, llorando sin consuelo por el estado tristísimo de su amada; pero su desesperacion llegó al colmo viendo morir entre sus brazos aquella misma noche á su mas bella flor de esperanza, á su mas dulce ilusion. ¡Virginia!

Agobiado bajo el peso de su dolor, Pietro tendió vagamente sus miradas por la estancia, y de pronto un terror convulsivo se apoderó de él.

La pared en que refleja su sombra con la del lecho de Virginia presenta la mas perfecta semejanza con el grupo que le encargó el desconocido, y cae privado del sentido exclamando:

—¡Bien me lo decia el corazon! ¡una gran desgracia! ¡dos sepulturas! ¡el hombre negro!... ¡Sí, sí... ¡y la lechuza tambien cantando!... ¡Bien me lo decia el corazon!

En aquel instante, la lechuza lanzaba un horrible y agudo chirrido.

IV.

Algunos dias despues de la malograda muerte de Virginia, el pobre, el buen Michelo se dirigió á casa de Pietro, y llamó á la puerta de su taller.

Pero Pietro no contestó.

Volvió á llamar por segunda y tercera vez, y tampoco obtuvo respuesta.

Alarmado con tal silencio, forzó la puerta y la abrió. Al entrar, retrocedió algunos pasos, y lleno de sorpresa y de terror, se quedó inmóvil contemplando el cuadro triste y horrible que se ofrecia á sus ojos.

El cadáver de Pietro yacía anegado en su sangre al pié de un grupo recién acabado y sublimemente expresivo; y al reparar en él, Michelo dió un grito de dolor, reconociendo las figuras de Pietro y de su hermana.

Sobre una mesa, en donde ardía una lamparilla, habia un papel:

«¡Dios mio, perdon! (decia); voy á morir; voy á abandonar una vida que aborrezco.

«¡Que mi alma vuele al lado de mis padres y de mi amada!

«Michelo, adios: corro á unirme en el cielo con tu hermana, ya que en el mundo se opuso el destino.

«No quiero vivir sin ella. ¡Perdon, Dios mio, perdon!

«En nombre de mi amor á Virginia, en nombre de la amistad que nos une, Michelo, cumple mis últimos deseos.

«Quiero que me des sepultura junto á Virginia, á la puerta de mi casa; quiero, por último, que coloques sobre mi tumba el monumento, de triste memoria, que he terminado para adornarla.

«¡Adios: ruega á la Madona por mí!

Pietro.»

Sus deseos fueron cumplidos; y su sepulcro, colocado á la puerta de su casa, fué largo tiempo visitado por los curiosos.

Por espacio de treinta años, dícese que un hombre sombrío, y vestido de negro, visitaba diariamente aquel sepulcro.

Era el desconocido que se apareció á Pietro encargándole el grupo tristísimo que luego adornó su tumba.

La tradicion nada cuenta sobre tan raro personaje, en cuyo misterio está fundado el de esta historia.

El hombre nace con una estrella que se llama el destino, para unos brillante, opaca para otros.

¡Desgraciados los segundos!

SERAFIN CÁNOVAS DEL CASTILLO.

EN UN ALBUM.

Á ESPERANZA.

Las rosas nacaradas
gloria de Mayo
erizado de espinas
tienen el tallo.

¡Siempre en el mundo
dolores y placeres
caminan juntos!

Arroyos, rios, mares,
fieros se encrespan
cuando les hiere el soplo
de la tormenta.

¡Tal vez la calma
lleva en sí misma el germen
de la borrasca!

Tambien los cielos sufren
varia fortuna,
pues sigue al claro día
la noche oscura.

¡El sol, los astros
como tienen su oriente
tienen su ocaso!

Plegue al cielo, Esperanza,
que nunca digas
recordando mis versos,—
«razon tenia:

«¡No hay en el suelo
hermosura perenne,
placer eterno!»—

Plegue al cielo, Esperanza,
que tu existencia
sea flor sin espinas,
mar sin tormentas,
Sol sin ocaso,
y que vivas y mueras
creyendo, amando.

ENRIQUE HERNANDEZ.

ELFRIDE (1).

(Continuacion.)

IV.

Una hora hacia por lo menos que sostenian una animada conversacion la hija del conde y Clarisa cuando llegó Athelwold.

Ya sabeis, lector, que Clarisa era la doncella predilecta de Elfride.

Supondreis además, que un diálogo á solas entre dos mugeres jóvenes y bellas debe tener algo de interesante, y como os creo curioso, os permito que me acompañeis para adelantarnos al favorito. Así nos enteraremos de lo que dicen y ¿quién sabe si las palabras que oigamos podrán servirnos de provechosa leccion algun día?

Veo que no os desagrade mi proposicion; ya se vé, ¡como que vamos á estar solitos con dos niñas bellísimas!

Una vez que estamos conformes, entremos en la habitación de Elfride y oigamos.

—Te lo repito, Clarisa. ¿De qué me ha servido la variacion de estado? De nada. Soy, es verdad, la esposa de uno de los principales personajes de la corte, ¿mas qué he venido ganando en serlo? ¿No estoy condenada, lo mismo que antes, á gemir entre las paredes del castillo de mi padre? Me desespera el pensar que mi destino es sin duda envejecer sin ver la luz del sol, sin asistir á esas brillantes reuniones donde me llama mi inclinacion, mi nombre y tal vez...

—Decidlo de una vez, donde se espera y será admirada vuestra hermosura.

—Estás muy lisonjera: no era ese precisamente mi pensamiento.

—Pero es una verdad reconocida.

—Esas palabras te las dicta el mucho afecto que me tienes, pero aunque así lo crea ¿no es una tiranía el proceder de mi esposo?

—Esperad, ¿quién sabe el porvenir que os está reservado? La llegada de vuestro esposo, á quien amais, está próxima, y...

—¿A quien amo, dices? Tal vez lo creia yo tambien cuando le di mi mano, pero hoy fuerza es pensar de otro modo: ¿quieres que te descubra lo que leo en mi corazon? Pues bien: leo y conozco que ni le amo ni le he amado nunca. Ignoro de qué artes se valió cuando le ví por primera vez para cautivar mi atencion hasta el punto de creer yo misma que le adoraba: yo no sé si el deseo de ser presentada en la corte y de variar de estado pudo tambien influir en mi ofuscada imaginacion, pero lo que te aseguro es, que cuando he consultado á mi corazon, el recuerdo de mi esposo ha venido á interponerse como una sombra, como un obstáculo á mis ilusiones. No, Clarisa, no: ni le amo ahora, ni le amé antes. Cuando comparo sus prendas personales, su edad, las circunstancias todas que pudieran envanecerme, con el ideal que mis sentimientos se forjan, lleno de hermosura, juventud y grandeza, sale muy mal librada la pobre figura de mi esposo.

—De modo que...

—Te lo repito, ni le amo ni podré amarle nunca. Además sus celos no me permitirán jamás esa prudente libertad de que necesito, como del aire que respiro, si algo he de gozar en el mundo. Las inclinaciones propias de mi edad no pueden por otra parte acomodarse naturalmente á sus gustos; y en este caso ¿quién mas desgraciada que yo, Clarisa?

—No lo comprendo yo así, y sino decidme ¿con qué pretextos podrá reteneros á su vuelta si le rogais estar á su lado?

—¡Ay! ¡Cuán poco conoces á los hombres! La tiranía es su única ley. No podré decirte ahora de qué medios podrá valerse para guardarme en este encierro, pero no lo dudes,

cualquiera será bueno y plausible para evitar mis réplicas. Pero aun suponiendo que me lleve á su lado ¿qué crees tú que sucederá entonces?

—¡Oh! entonces se cumplirán vuestros deseos, lucireis en la corte, asistireis á las diversiones todas y sereis obsequiada como la principal y mas hermosa de sus joyas.

—¡Ilusiones, Clarisa! esas no son mas que ilusiones. He reflexionado bien en mi situacion, y deduzco otras consecuencias. Aparte de que mi esposo será un constante y celoso guardian que exagere su celo por mi conducta espionando mis conmociones y hasta las inflexiones de mi voz si es necesario, los primeros obsequios que se me tributen serán la señal de mi desaparicion de la escena. ¡Ah! ¿Por qué le di mi mano?

Aquí llegan en su conversacion nuestras bellas jóvenes, y no la pueden continuar por la repentina presencia del favorito que las interrumpe.

A nosotros, lector, no puede estrañarnos la llegada de Athelwold, porque estábamos ya enterados de ella; pero á Elfride no debe sucederle lo mismo.

Bien lo notareis si reparais en ella: se ha sorprendido estraordinariamente, y esto es natural no habiendo recibido ningun aviso: por otra parte, la inquietud y el temor que se pinta en el semblante de su esposo, contribuye á esta sorpresa, que ha de aumentarse sin duda luego que desaparezca el único testigo que los observa.

A una seña de Elfride, Clarisa sale dejando solos á los dos esposos, en cuyo momento el favorito se postra á los pies de su muger demandando perdon.

¿Qué significa esta actitud? ¿De qué tiene ella que perdonar á su marido?

Estas preguntas pasan rápidas por la imaginacion de la joven, que se estraña mas y mas de lo que sucede, segun nosotros preveiamos.

Pero entretanto Athelwold continúa arrodillado sin poder pronunciar mas que estas palabras:

—Perdon, amada mia: no me levantaré de este sitio hasta que me lo otorgueis.

Intenciones le dan á Elfride de no acceder desde luego á esta demanda, dejando que su esposo permanezca en tan humillante actitud, siquiera en represalias de lo infeliz que se considera, mas aplazando para otra ocasion el demostrar su entereza de carácter, ignorante como está todavia del crimen que aquel ha cometido, contéstale con un ademán de reina ofendida con estas breves frases:

—Accedo á vuestro ruego, si me confesais y prometeis espisar vuestra enorme falta.

—Harto espiaada será,—repone prontamente el favorito,—sino logro que acepteis además mis consejos, porque de vuestro proceder depende tan solo nuestra futura felicidad.

Entonces Athelwold, descubre la estratagemade que tuvo que valerse para ser su esposo: píntale con negros colores los sentimientos é incontinencia del rey, su propension á apasionarse de cuantas jóvenes llaman la atencion por hermosas en la corte, las ciudades y las aldeas: háblale de su amor puro y vehemente, de los sacrificios y amarguras que está dispuesto á arrostrar por conservarle y enaltecerle, y le suplica por fin en nombre de este mismo amor, que oculte sus atractivos cuanto le sea dable á los ojos del príncipe, cuya visita le anuncia como muy próxima.

La sorpresa y agitacion que experimenta Elfride al oír estas palabras no hay para qué describirlas: diremos sin embargo, que siente un secreto despecho al considerar el rango á que hubiera podido aspirar y de que se vé privada por su enlace con el favorito, á quien desde este momento comienza á odiar con todo el rencor de que es capaz el corazon mas perverso, y á quien no hubiera ciertamente perdonado si antes hubiese llegado á conocer la índole de su falta.

Y sin embargo de estos sentimientos que se agitan y revuelven confusamente en su interior, la joven promete satisfacer los deseos de su esposo, con lo cual queda este tranquilo aguardando de un momento á otro la presencia del monarca.

(Terminará en el próximo número).

LOS DIOSSES LARES.

(Continuacion.)

IX.

LA TRIBU DE LOS NÁHICAS.

La aldea india se estendia sobre los dos rios: dos anchas playas de ocre amarillo le servian de muelle natural, sobre el cual dormian como caimanes al sol, algunas piraguas. Las chozas ó barracas, medio cubiertas por las hojas de los nopales, tenian casi todas una forma estraña que no se asemejaba á nada conocido. Parecia como que el arquitecto indio habia querido burlarse de la simetria de las ciudades del Norte, en las que nacen el espleen y el suicidio.

Al primer golpe de vista, los vivos colores, los tonos armoniosos de la tierra, el claro-oscuro de todo el paisaje, las paredes formadas con tejidos de paja, las finas esteras estendidas entre dos árboles, todo aquello formaba como una iluminacion de vidrios de colores, y los ojos, deslumbrados, se cerraban sin poderse fijar en nada.

La noche comenzaba. Por la parte del poniente, el cielo de los trópicos aparece como abrasado y la mar brilla en el horizonte como una ráfaga de ardiente lava. El ruido, que es para el paisaje como la forma y el color, se apagaba poco á poco. El olor de los árboles y de las frutas perfumaba el ambiente, y con los ojos cerrados calcularia cualquiera que estaba á tres mil leguas de Europa.

(1) Véanse los números 38 y 43.

En aquel momento la playa estaba desierta, y solo un indio machacaba maíz en un mortero de piedra.

La piragua se acercó á la orilla y ambos viajeros saltaron á tierra.

Templeson sintió en sus ojos las lágrimas, al pisar aquella arena hospitalaria, y le halagaba la idea de vivir entre aquellos seres generosos, como vivirían los primeros hombres.

Mientras que agitado por aquellas emociones, nuestro héroe miraba fijamente sin ver, el indio sentado cerca del agua se había levantado precipitadamente, y le observaba con la mas estúpida de las sorpresas. Pero á una señal que le hizo su hermano de color, desapareció rápido como el pensamiento.

—¿Queréis conducirme á tu casa, hermano? preguntó el inglés sin haber reparado en nada.

Kanui meditó un momento y despues dijo:

—Vamos.

Templeson siguió á su compañero, con la confianza de un hombre que no ha comido en dos días, y empezaba á comprender. Esaü vendiendo su primogenitura por un plato de lentejas. Los viajeros atravesaron calles de árboles que el crepúsculo hacía mas opacas, hasta llegar á un sitio en el que muchas chozas construidas con bastante proximidad y en semicírculo, formaban como una plazaleta.

Pocos momentos despues, el inglés se vió rodeado como por encanto, de una multitud compacta que le miraba con ojos relucientes. Nuestro buen hombre escusó esta curiosidad natural entre salvajes que veían un blanco, quizá por la vez primera, comparándola con la de los europeos que vieran caer en medio de ellos, un hombre con la cara azul y los cabellos verdes.

Volvióse con la sonrisa en los labios para buscar á su guía, pero Kanui había desaparecido.

Aquel círculo se estrechaba cada vez mas, y en aquella multitud que iba en aumento, apenas había un hueco como la palma de la mano. Entre dos espaldas se veía una cabeza, y de cada lado de esta cabeza colgaban un par de piernas que sustentaban otro cuerpo. Y esta pirámide de carne, ocultaba el elevado horizonte de las montañas, que no dejaba ver mas que una parte del cielo, como desde el borde de un abismo. Templeson encontraba demasiado prolongada aquella curiosidad, y un si es no es inhospitalaria; pero esto no le impedía pensar de vez en cuando en las lentejas de Esaü. Intentó dar un paso hacia adelante, creyendo que el círculo se abriría á la vista de aquella manifestación evidente, pero no se movió ni un dedo de aquel edificio humano. El inglés sintió correr por todo su cuerpo un frío glacial, y se volvió para buscar otra salida. Entonces, á la luz dudosa del crepúsculo, vió aquellas cien cabezas inmóviles, cuyos relucientes ojos espían el menor de sus movimientos, y creyó que aquella torre de bronce no debía abrirse nunca para él.

La cohorte infernal se estrechaba siempre, con una imperceptible ondulacion:—la ilusion no era posible, y el círculo, cuyo centro era él, no tendría seis pies de circunferencia.—El inglés comprendió que le quedaban muy pocos minutos de vida, y que iba á ser aplastado por el choque formidable de aquel reptil monstruoso.

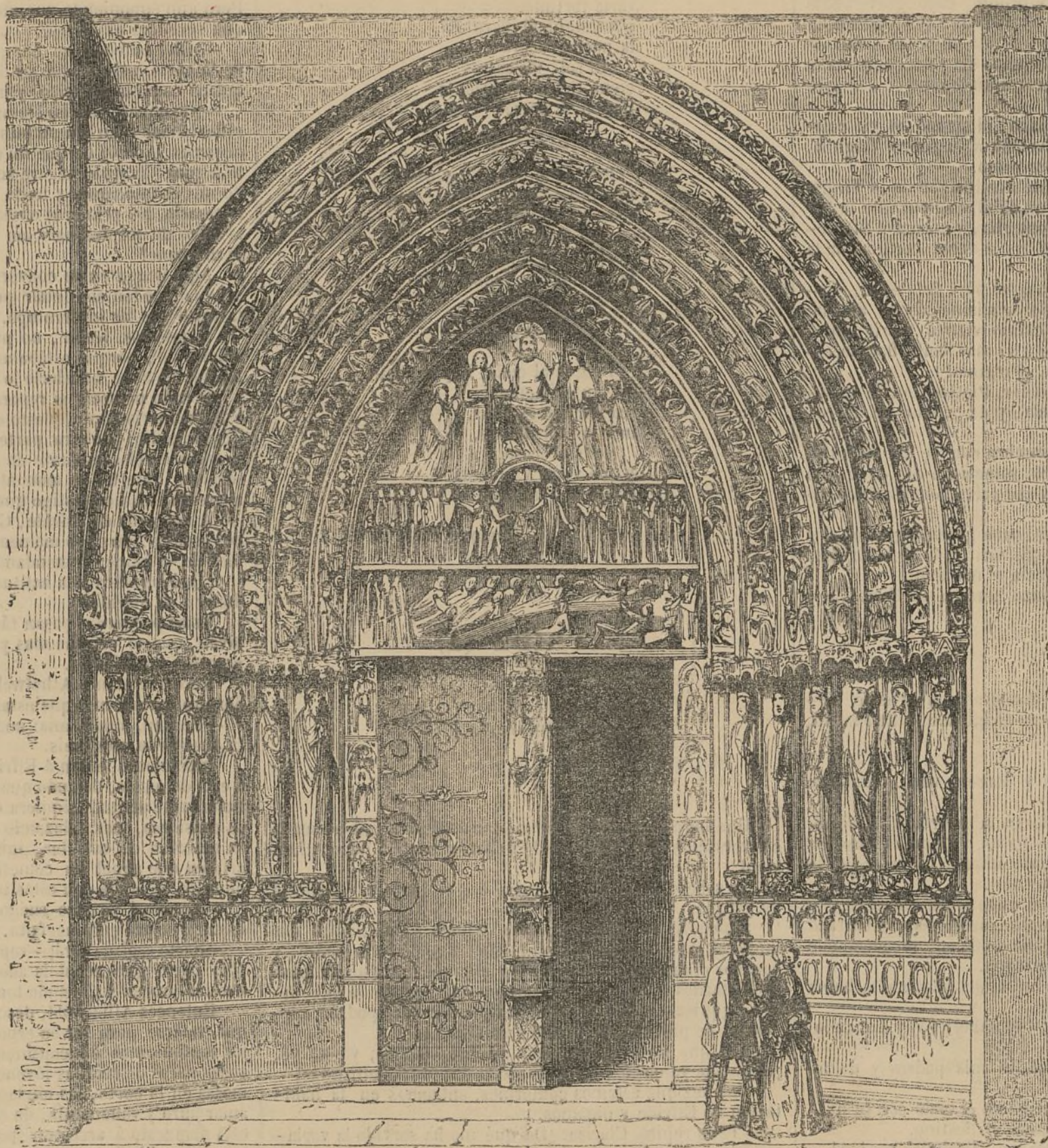
Un sordo rumor se extendió á poco por aquella multitud de color de cobre. Templeson dió un grito ahogado, y careciendo de valor para ver venir la muerte, se desmayó.

Aquel grito tuvo un eco débil en la plaza, á cuyo acento los brazos levantados cayeron, y el círculo se ensanchó. Una voz dijo:

—Los leones no aplastarán á la serpiente; Mahouna quiere beber su sangre, como ha bebido la de los otros hombres pálidos.

La muchedumbre escuchó con la frente baja, aquellas palabras de Sibila.

Algunas horas despues, el inglés hizo un movimiento porque tenía hambre, y el hambre no duerme. Abrió los ojos, y se encontró en la oscuridad mas profunda. Cuando despues de un prolijo exámen se creyó suficientemente despierto, preguntó al vacío; su mano encontró la humedad



Pórtico de Nuestra Señora de París.

vióse á otro lado y encontró las mismas formas.

—¡Frutas! exclamó con alegría, saboreando el dulce perfume de los plátanos y de los cocos.

Continuó buscando por el suelo, y tropezó con una hoja de palmera llena de pasta de maíz. Con el regocijo que podemos suponer, saboreaba nuestro hambriento inglés aquellos alimentos que encontraba mas sabrosos que los preparados por su excelente *man-cook*, cuando tuvo la idea de si aquellos frutos estarían envenenados.

—¡Bah! esta muerte, pensaba, sería demasiado sencilla, y los verdugos salvajes matan á la luz del sol, estrayendo gota á gota la sangre de la víctima, y oyendo, como la mas dulce de las armonías, aquellos gritos desgarradores que arranca el tormento.

Y á propósito, recordó que en Europa, en el país de la civilización, le daban al destinado á morir los mejores alimentos, lo cual no dejaba de ser un refinamiento de crueldad salvaje.

Entonces inclinó la cabeza sobre el pecho, y se preguntó cuál sería el crimen que de aquella suerte espiaba.

(Se continuará.)

JAVIER DE PALACIO.

CARTAS INOCENTES.

CARTA PRIMERA.

«De como son mas dulces los besos dados ó recibidos en la oscuridad que los que se dan ó se reciben á la luz del sol.»

Lectoras de EL MUNDO PINTORESCO, á quienes no

tengo el honor de conocer; de quienes no soy tampoco conocido, pero á las que me he figurado jóvenes, bellas, espirituales y poéticas como esas pálidas heroínas de las baladas del norte; vosotras que habeis tenido la ejemplar paciencia de leer mis *leyendas filipinas* y mis *cuentos de color de cielo*, decidme ¿no es verdad que un beso á oscuras tiene mas encanto, lleva en sí mas fuego y amor, que otro cambiado á la luz del día?

No os ruboricéis. Un beso nada tiene de particular, y si es pecado recibirlo ó darlo ¿es pecado tan venial! El destino de la muger es amar, y por el amor se perdonan muchas culpas: el amor puro es una emanación del cielo, y siendo el beso la mas pura de las caricias del amor, claro es que en un beso hay algo de celeste y de divino.

Noches pasadas hablaba yo con una joven, á quien como hermana quiero, con esa confianza íntima que solo es dado tener á los que desde niños se han conocido. Hablábamos del beso. Habíamos explicado la teoría del beso paternal en la frente, del beso cariñoso en las mejillas, del beso del amor en los ojos ó en la boca, del lascivo beso en los hombros ó el brazo, del ceremonioso en la mano: al fin llegamos al beso á oscuras y el á las claras ó dado en la claridad. Entonces mi bella interlocutora me contó la leyenda siguiente, que os transcribo, lectoras mías, sin mudar ni una letra.

FRANK Y GRETCHEN.

I.

Frank marchaba tristemente, con su baston de viaje sobre el hombro y colgado de aquel su exiguo equipaje.

Al lado del joven iba su madre, teniendo en sus manos una de las de su hijo muy querido.

Al otro lado marchaba Gretchen, la fresca y vivaracha hija de la pradera.

Su padre, anciano de aspecto severo y venerable, marchaba delante de todos, tal vez como para dar á todos ejemplo con su valor, tal vez para ocultar las lágrimas que surcaban sus rugosas mejillas.

La anciana y la joven enjugaban frecuentemente su llanto con el extremo de su delantal.

Frank hasta entonces había vivido en su aldea, con la vida patriarcal de los campesinos alemanes. Sus padres y Gretchen eran toda su familia y él pagaba el profundo ca-

de la tierra, y por un momento creyó haber sido enterrado en vida.

Aquel suplicio fué horrible, pero no duró mas que un momento.

Levantóse trabajosamente y dió vuelta á la cárcel apoyado en la pared; un débil rayo de luna temblaba en el suelo. Aquella pálida claridad le causó un estremecimiento de alegría porque en el horror de la soledad se acepta con placer cualquiera impresion exterior, bien sea el grito de un pájaro ó el olor de las plantas que el viento lleva á través de las barras de la prision. A poco, el rayo de luna se borró y la oscuridad fué completa. Poco despues esta luz apareció como si hubiera sido interceptada por algun objeto exterior. Templeson tanteaba siempre la pared con sus manos trémulas, hasta que dió por fin con la entrada de aquella extraña guarida. Un rayo de luna penetraba misteriosamente por la rendija de dos tablas mal unidas, por la cual trató en vano de observar lo que por fuera sucedía.

Todo estaba tranquilo y silencioso, y solo se oía el débil murmullo de las hojas de los sicómoros, agitadas por la brisa.

Nuestro hombre probó á forzar aquella puerta, que resistió todas sus tentativas, porque estaba sólidamente cerrada. Entonces, acometido por una rabia loca, dió una sacudida terrible, que hizo crujir las tablas de la puerta, y al tomar aliento para dar un segundo golpe decisivo, vió pasar por la parte de afuera una sombra que interceptó el rayo de luz. En aquel momento, oyó un leve ruido, y despues nada: nuestro buen inglés se dejó caer en el suelo, al mismo tiempo que profería un grito sordo de desesperación. Ya no había duda de que esta hospitalidad tan generosamente ofrecida, no era sino un pretexto para atraerle á algun lazo preparado de antemano. Despues, su memoria se iluminó con la luz de todos aquellos ojos salvajes que presenciaron su agonía; y agitado como por una calenturienta pesadilla, vió pasar por delante de él los encendidos tizones de la hoguera, los dardos envenenados, el tomahawk que rompe los huesos, el escalpelo frío que desgarraba la piel.

El hambre redobló entonces sus enérgicas manifestaciones.

Y arrastrándose como una culebra hacia el centro de su calabozo, pudo encontrar la estera. Alguna cosa de forma esférica rodó bajo sus manos, que retiró al punto, como si hubieran sentido la presencia de un animal inmundo. Vol-

riño de los primeros y sentía un dulce y sereno amor hacia su prima.

Pero al llegar á hombre, el jóven habia sentido en su alma una estraña inquietud, un deseo insaciable de saber y de gloria, que sobrescitando en un principio su cerebro, concluyó por hacerle enfermar.

—Pues no quieres ser labrador como tu padre, le dijo este; aquí tienes la mitad de mis ahorros, vé á Heidelberg y estudia en su célebre Universidad.

Y por eso Frank marchaba acompañado por su familia.

Pronto llegaron á lo alto de una pequeña colina, desde la que se dominaba el pueblecillo y se abarcaba un gran panorama.

—No vayamos mas lejos, dijo el padre.

La madre abrazó en silencio á su hijo; pero sus lágrimas y sollozos hablaban por su corazón. Al cabo de algunos instantes de tener á Frank contra su seno, le dejó libre, costándole sin embargo esto un gemido de dolor.

Entonces el padre le abrazó á su vez murmurando con voz conmovida:

—Adios, sé bueno y no nos olvides.

Gretchen se acercó al jóven ruborizándose. Este abrió sus brazos, en los que se precipitó su prima, é imprimió en su frente virginal, el primero, el triste beso de despedida.

—Vuelve pronto, murmuró la niña, pues Gretchen apenas tenia catorce años. Y sus labios no sé como encontraron los de Frank.

Volvió este los ojos á la miserable aldea que yacía al pié de la colina, y su mirada parecia despedirse de ella.

—Adios, padres; adios, Gretchen; adios, blanca casita donde he nacido, campos que me visteis niño; adios y que no muera sin haber vuelto á veros.

Toda la familia formó entonces un cuadro inesplicable estrechando á Frank en un abrazo comun.

Después el jóven se alejó rápidamente, mas no sin volver repetidas veces la cabeza.

II.

Ha pasado un año. Es la tarde.

La madre y Gretchen se hallan sentadas en lo alto de la colina, mirando la senda que serpea por la pradera y por la que se alejó Frank.

Las dos mugeres estaban tristes, muy tristes, pero no lloraban. ¡Habían llorado tanto que se habían agotado sus lágrimas!

—Nada. En vano le esperamos. No volverá, decían.

Y se miraban con una desesperacion tan grande que partía el alma verlas.

De pronto Gretchen fijó su vista en un punto muy lejano al fin de la senda.

—Un viajero, murmuró y la emoción le impidió seguir.

—Mira bien, exclamó la madre, no sea una esperanza mas que se deshoje. Mira, ¡si yo tuviera tus ojos; pero los míos tienen sesenta años!

—Madre, quiero mirar y no puedo, es que estoy llorando.

—Hija del alma.

Y se estrecharon convulsivamente.

—Es un viajero, le veo perfectamente, viene hacia aquí, pero ¿no me engaña la vista? Nos ha distinguido, sí, saca su pañuelo, lo ata al extremo de su baston y agita esta bandera como saludándonos.

—No hay duda, es él, el hijo de mis entrañas. Corramos.

—No puedo, apenas puedo sostenerme.

La anciana ni aun sostenerse podía y cayó sentada sobre una piedra.

El viajero, al verlas, en vez de seguir á su paso echó á correr como un loco.

Era él, era Frank.

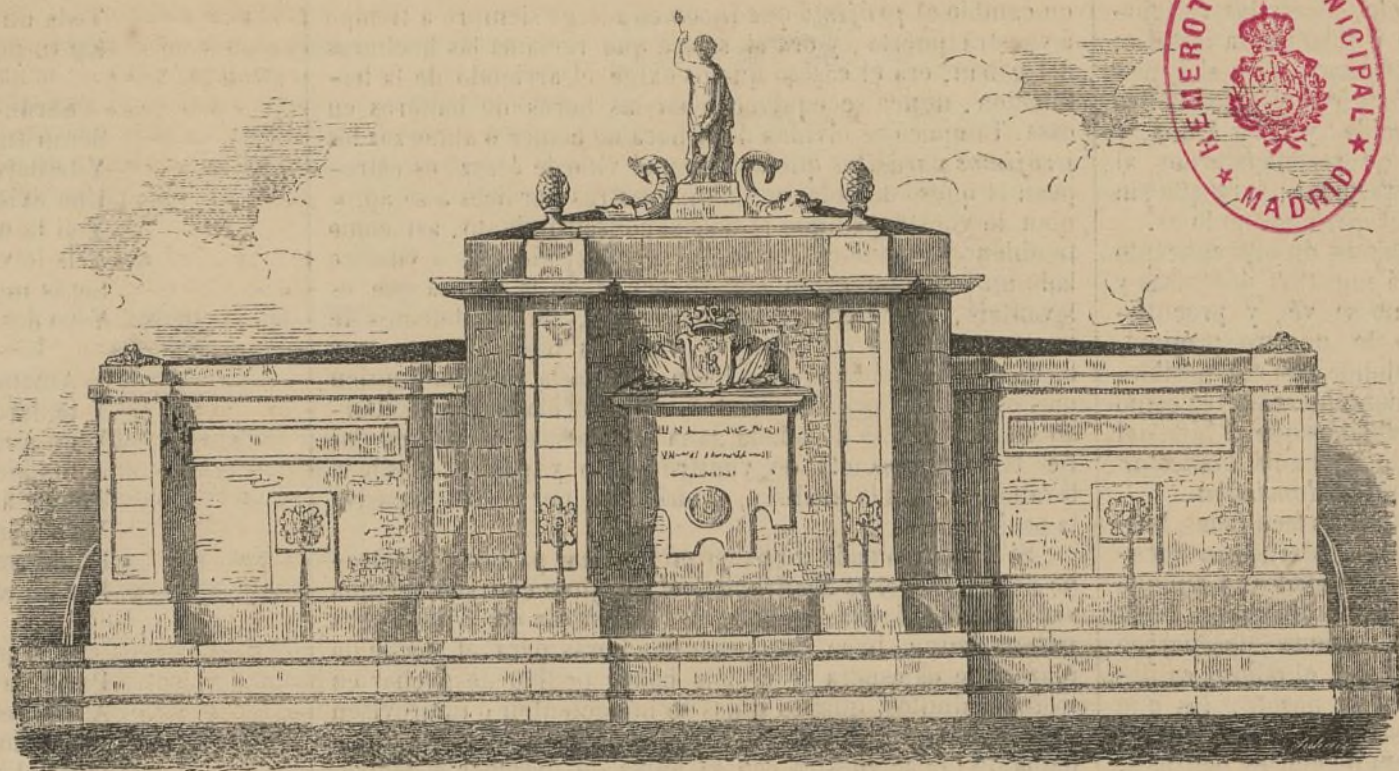
En un minuto atravesó la distancia que aun le separaba de su madre y su prima. Pero aquel minuto fué un siglo para los tres.

Decir el delirio de la madre fuera imposible. Mientras tenia en sus brazos y besaba apasionadamente á Frank, este alargó su mano á Gretchen, quien al estrecharla dejó en ella un beso y dos lágrimas á tiempo que murmuraba:

—Gracias, gracias por haber vuelto.

III.

Era la media noche.



Fuente de la calle de Segovia en Madrid.

El padre y la madre dormían. El exceso de la felicidad también fatiga y necesitaban reposo.

En cambio Frank y Gretchen velaban.

Hallábanse sentados en el banco de piedra colocado á la puerta de la casa.

La noche estaba oscura sin tempestad. Todo yacía en silencio.

—¿Sabes por qué me era necesario partir? decía Frank, porque en mi alma habían nacido otros pensamientos que nuestro amor y era preciso que yo matase aquellos sueños de mi alma tocando la realidad. Tenía ánsia de saber, sed de aventuras, ambición desenfrenada, deseo de gloria. Fui á Heidelberg. Estudié con tal entusiasmo que llegué á ser

pea al que se le pone á tiro ó rechaza al que intenta tomarle en sus brazos. Y esta dulzura de padres ó encargados no tiene nada menos que al elevado objeto de familiarizar al hombre con sus semejantes.

Párvulos ya, todo el afán de los padres, preceptores y oficiosos directores de la niñez, porque á esta edad todos se creen con derecho de intervenir en la educación, es penetrar el ánimo del viviente, de la necesidad de *hacer bien al prójimo*, y apenas nuestros sentidos se han despertado del letargo de la infancia, aprendemos á conocer que *no debemos hacer al prójimo lo que no quisiéramos que nos hicieran á nosotros*, reduciéndose los preceptos de la doctrina cristiana, que tan estrictamente nos enseñan nuestros primeros maestros, á dos esenciales mandamientos, á saber: *amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos*.

Mas adelante este ser ocupa toda la atención de los que nos rodean, y en el templo como en el aula, en la tribuna como en la prensa, todo respira ese *bien al prójimo* que oímos resonar en nuestros oídos desde que nacemos y que se procura hacernos comprensible y familiar desde que la voluntad, ese poder absoluto de la humanidad, empieza á manifestarse.

El amor al prójimo juega por lo tanto un papel importante en la vida y es tan respetable y venerado, que las pláticas de los frailes y los sermones de los eclesiásticos abundan en la edificante máxima de que *no debemos escandalizar al prójimo*. Cuando un mendigo nos tiende la mano implorando nuestro socorro, la *compasión al prójimo* nos reclama su auxilio; cuando un accidente inesperado ha sobrevenido al que á nuestro lado caminaba, la *caridad hacia el prójimo* exige le socorramos instantáneamente; cuando un agresor osado maltrata á un desvalido á nuestra vista, la *protección al prójimo* nos obliga á mediar en la que-

rella, y en fin, siempre que presenciemos una desgracia, ó nos vemos en el caso de practicar una noble acción, la *debilidad ó el peligro del prójimo* deben movernos á *salvar su vida y su hacienda*.

Por amor á él murió nuestro Salvador; por el mismo sufrió resignada su Santísima Madre los dolores de la Pasión, y por el amor al prójimo dijo Jesucristo á la Virgen María aludiendo á San Juan: *he ahí tu hijo*; por el amor al prójimo fundó San Juan de Dios la Orden de los Hospitalarios; por el amor al prójimo se establecieron las misiones y redención de cautivos; por el amor al prójimo formó lord Eliot su célebre tratado; por el amor al prójimo se santificó el matrimonio; por el amor al prójimo... ¿pero adónde iríamos á parar si tratásemos de enumerar lo mucho que se ha discurrido por el amor al prójimo? Baste solo decir que en esa época en que todo se aplica á la política, el amor al prójimo se ha simbolizado en el gobierno con las palabras de *libertad, igualdad y fraternidad*, símbolo que á ser verdad, y dicho sea de paso, habría sido un nuevo decálogo de la humanidad, resultando de aquí que todos nos recomendaran al prójimo, y lo que es mas, nos le presentan como un ser tan respetuoso, potente y venerable, que todo debe sacrificarse á su bien.



Vista interior de uno de los ocos de la fábrica de tabacos de Madrid.

el primer estudiante de la Universidad, y llegué á adquirir tan inmensa fama de valiente y gran bebedor, que fui nombrado por aclamación rey de los estudiantes. Tuve centenares de sumisos súbditos, gané numerosos premios en los celebrados tiros de carabina, y al pasar el emperador por Heidelberg me convidó á comer á su mesa y me trató como si fuera su igual. Pues bien, la sed de mi alma se ha estinguido al ver lo vacío de estos gozos. Cuando alguna de esas mugeres que venden su hermosura se acercaba á mí, recordaba aquel dulcísimo y tristísimo beso que me diste al marchar y rechazé siempre sus caricias. Al fin he comprendido que he sido un loco que buscaba lejos la dicha teniéndola tan cerca, y he vuelto. ¿Me amas?

Todo estaba sumido en la oscuridad mas profunda.

Pero en el silencio de la noche se oyó el suave ruido de un beso.

Después la vivaracha Gretchen desenlazó los brazos de Frank que intentaban retenerla y entró corriendo en la casa.

A la mañana siguiente Frank rogó á su padre le diese por esposa á Gretchen. Esta era huérfana.

—Dios os dé muchos años de felicidad, contestó el anciano estrechándolos contra su corazón. Amándoos habeis

Acordaos que *son vuestros prójimos*, dicen los liberales á los monarcas absolutos que tiranizan á sus pueblos; pensad que *son vuestros herederos en el cielo*, dicen los religiosos á los magnates que desprecian ó insultan la miseria; tened en cuenta que *son vuestros hermanos*, dice el general á sus soldados antes de la pelea para que el ardor bélico no se convierta en saña contra el vencido, y todos á una, y con constante empeño, se esfuerzan en recomendarnos al prójimo, que todos tambien fingen respetar; pero que sin embargo cada uno desprecia cuando el que obra no lo es.

Imbuidos en estas ideas, nos formamos un alto concepto de ese sér impalpable que se escapa á nuestras pesquisas y que semejante á los gases existe y no se vé, y procuramos como fieles cristianos y amantes de nuestro prójimo, amarle, venerarle y respetarle hasta donde nos sea posible. Pero hé aquí la dificultad; porque discordando esta vez como tantas otras, la teoría y la práctica, hallamos que el bien del prójimo se opone á lo que en el mundo se llama *bienestar individual, paz de la familia y felicidad doméstica*.

Apenas empezamos á desarrollar nuestras facultades, buscamos en vano aquel prójimo que debía ayudarnos en nuestras necesidades y disculpar nuestras debilidades, y aunque le buscamos con mas insistencia que el filósofo griego buscaba un hombre de bien en la plaza de Atenas, desaparece á nuestro exámen, logrando solo merecer el odioso calificativo de *prójimos* cuando se ocupan de nosotros los que habian querido pasar por amigos nuestros y descubrimos su falsía. El prójimo, imitando la conducta de ciertos políticos, sino todos, es muy exigente cuando se trata de cumplir el precepto doctrinal que nos manda sufrir con paciencia sus flaquezas; pero no puede tolerar que la oracion se vuelva por pasiva, porque tan pronto como le pedimos perdone las nuestras, se pronuncia, y en lugar de prójimos somos enemigos.

Perpétuo antagonista de su prójimo, el prójimo se nos presenta hostil desde que viene al mundo y agriando nuestros mas dulces placeres, desvaneciendo de la manera mas prosaica nuestras mas poéticas ilusiones, rie cuando lloramos, se entristece cuando estamos alegres, y como chinche fastidiosa que, á fuerza de vivir á nuestra costa nos roba las horas de descanso, siempre le tenemos á nuestro lado para decirnos, que la vida es un camino de prueba y no lograremos la eterna si no sufrimos, gozando él con tan santa doctrina de los bienes terrenales por dejarnos el sin igual placer de aspirar á los celestiales.

Tan pronto como las fuerzas físicas facultan al prójimo en la infancia para manifestar esa propension al mal, tan encarnada en la naturaleza humana, ya le vemos dar con el sonajero á la niñera, pegar con el palo al lacayo, arrugar y dar tirones del vestido al pequeñuelo que se le acerca, y manotear, agitarse con alegría inconcebible y echar sus tiernas manos á los ojos del que le acaricia para saltarle las pupilas que tanto escitan el deseo de su juego pueril. El prójimo desde sus primeros años parece que tiene el don de hacernos precaver contra él.

—No, niño, dice flemáticamente la mamá; á la nena no se la pega; al papá no se le hace eso; á la chacha se la quiere, y estos nena, papá y chacha, que en lenguaje doctrinal son el prójimo, lloran que se las pelan, empapan sus pañuelos en el agua que brotan sus ojos, acaso en mas cantidad que la que ha de traer el canal de Isabel II, ó ponen un gesto de descontento; capaz de ablandar la severidad del mismo Nerón, mientras el niño rabia, araña y hace mil contorsiones por huir de la mano maternal, que le priva del gusto de *fastidiar al prójimo*.

El prójimo, siendo ya párvulo, se mezcla en nuestras conversaciones; nos tapa la boca para hablar él, si no le hacemos caso; perturba nuestras mas profundas meditaciones con sus muñecas, sus ejercicios militares ó sus estrepitosos juegos; y mas de una vez, por querer cazar un pajarillo, nos abre una tronera en la cabeza; y en Carnaval ostentamos inocentemente las mazas con que han ensuciado nuestro traje ó ridiculizado nuestro vestido, escitando la hilaridad de otros prójimos que no se duelen del mal ageno.

Adulto ya, desprecia nuestros consejos y se burla de nuestra experiencia, atribuyéndonos chocheos en la fuerza de la virilidad; y si la desgracia nos ha hecho padres ó tutores de algun individuo del sexo femenino, nuestra vigilancia aunque tuviésemos mas ojos que un Argos, no nos bastaria para precaverle de la astucia de esos vípedos sin plumas, como decia Platon presagiando sin duda esta era feliz de los pollos y las pollitas.

Si cambiando los papeles nos convertimos en muchachos y mozalvetes, el prójimo nos castiga cuando no estudiamos, ó se cruza en nuestro camino cuando en alas del amor volamos al nido de nuestra paloma; y ora bajo la figura de Mentor, como diria Fenelon; ora bajo el severo aspecto de Ulises, siempre es terrible para nosotros.

El prójimo se atraviesa continuamente á nuestro paso cuando, impulsados del amor ó del interés, acudimos á la cita de una amada ó de un ministro, séres los mas caros de nuestro corazon, y estorbándonos siempre, nos hace llegar á misa cuando el sacerdote ha consumido; encontramos con el juez en vez de nuestro cliente; hallarnos con la rechoncha ama de cria cuando pensábamos visitar á la esbelta señora, y vemos volar los caballos de la diligencia donde vá nuestro equipaje y con él nuestra maleta; porque el prójimo nuestro criado, que creo es el peor de todos los prójimos, ha retrasado nuestro reloj.

El prójimo destruye todos nuestros cálculos, pudiéndonos dar por contentos con que se nos presente bajo una forma comun; porque en ese caso todo se reduce á tenernos que abrir paso apartando al uno, empujando al otro y deteniendo al de mas allá; pero cuando el prójimo toma la horripilante figura de un aguador, farolero ó mozo de cuerda, entonces nuestra situacion es terrible, porque nos vemos espuestos á rompernos el cráneo contra su cuba, llenarnos de la mugre que sueltan sus nauseabundas blusas ó rompernos el esternon entre la pared y alguna estantería.

Pero por una fatalidad inconcebible, si bien el *prójimo indiferente* os hace faltar á vuestros deberes ó compromisos, en cambio el *prójimo que incomoda* llega siempre á tiempo á vuestra puerta, y ora el sastre que reclama las hechuras del gaban, ora el casero que os exige el arriendo de la habitación, nunca se equivocan en las horas de hallaros en casa. Tampoco se olvidan de la hora de comer ó almorzar los *prójimos parásitos* que os beben el vino de Jerez, os estropean el queso de bola, engullen vuestras perdices ó se apropian lo vuestro sin que le deis el consentimiento, así como tambien el mundo cuida mucho de poner siempre á vuestro lado un *prójimo espía* que se ocupe de la hora á que os levantais, del régimen que observais, de los defectos de vuestra muger y las faltas de vuestros hijos, dándoos una leccion de moral aunque se halle delante la persona á quien mas os importe ocultar vuestras interioridades, y afectando un interés que de buena gana escusaríais os saca ce por be la cuenta exacta de vuestro activo y pasivo, desde la lavandera hasta la modista, probándoos por activa y pasiva la paciencia.

Si habeis tomado un palco en el Real para ver el estreno de las *Visperas Sicilianas*, el prójimo con su oportuna visita de confianza os priva del placer de oír á la nueva *prima donna*, hace que pasen las horas para el coche de plaza que os espera y creíais haber podido despachar en treinta minutos, que los niños se impacienten ó improvisen un concierto infernal, y en fin, que pasado el sorbete que habia de tomar vuestra esposa antes de marchar al teatro, sirva de entretenimiento á una criaturita, que favorecida por el sueño de su niñera, navega viento en popa en un mar de flor de naranja.

Entretanto os veis precisados á departir larga y plácenteramente con el prójimo que os favorece, por no hacerlos descortés, y aunque esteis contando con ansiedad los minutos que pasan por los cuartos que tendreis que aprontar al cochéro, vuestro semblante risueño y coqueton nada debe revelar, y mas fuertes que Bruto estais obligados á sufrir impasiblemente el sacrificio que os impone un prójimo que conoce que os hace mala obra por el traje en que os vé y por la desusada animacion que reina en vuestra casa; pero que no obstante persevera en su estancia en ella aguardando una invitacion ó una despedida, bien para *tener el gusto de gozar de vuestra amable compañía* ó bien para saborear el placer de *cortaros un vestido*, que el sastre mas práctico no os le sacaria mas pintado.

Si por *complacer al prójimo* soportais con tanta resignacion los chillidos de los niños y el semblante adusto de la esposa; si por no aparecer imprudente y respetar al prójimo, oís tranquilamente las cuarenta que os acusa vuestro prójimo oficioso; si pagais vuestras deudas y perdonais á vuestros deudores como aconsejan la religion y el deber; la oracion se vuelve por pasiva cuando sois la persona agente; y si vais á reclamar lo que os adeudan y necesitais para alimentar á vuestros hijos, el prójimo se niega; si pedís empleo para vuestras facultades, el prójimo no está en casa ó regatea vuestro trabajo, y si vais á exigir reparacion de una ofensa, el prójimo hace oídos sordos, y con frecuencia volviéndose las tornas os insulta llamándoos *prójimo* en el mal sentido de la palabra, diciendo á voz en grito para que os acoquineis y le dejeis el campo: «Mire V. el *prójimo* que quiere vivir á costa del pais.» «Ese es un *prójimo* que vá oliendo donde guisan.» «El *prójimo* viene á buscar pan á cama de galgos,» y aburrido y abrumado del prójimo, porque vosotros no le habeis tratado así, os retirais á vuestro rincón prometiendo desde allí en adelante *dar al prójimo contra una esquina*.

Fijando la consideracion en estos hechos, debemos, pues, concluir: que el prójimo es todo lo contrario de lo que nos habíamos figurado en nuestros primeros años, en esos años de amor y de ilusion en que el corazon está propicio á las sensaciones tiernas; que el prójimo es bueno, complaciente y amable, cuando necesita de nuestro apoyo; pero es exigente, duro y atrevido, cuando le reclamamos el cumplimiento de su deber para con nosotros, deduciéndose de aquí que no en vano la religion y la sociedad infunden en el hombre ese amor al prójimo; porque si algun sér hay en la tierra que le necesite es seguramente el prójimo.

José LESEN y MORENO.

A S...

PARIS.—1860.

Linda flor, cuyo perfume
Adorame mis sentidos,
Escucha tú los sonidos
Del arpa de tu cantor.
Y logre yo que tus galas
Arrebatando mi mente,
Me hagan ¡flor resplandeciente!
Ser un día... tu señor.

¡Cuántas bellas fantasías
Para tu amor yo tuviera!
¡Oh! ¡qué eterna primavera
En cambio de tu ilusion!
¡Cuántos poéticos sueños
Mi mente por tí abrigara!
¡Flor hermosa que envidiara
Todo ardiente corazon!...

Si del tiempo el mar temido
Contra tí sus aguas lanza,
Yo sostendré tu esperanza:
Tú mi ilusion sostendrás,

Que mientras el sol derrama
Su alba luz encantadora,
Toda un alma que te adora
En tu poeta tendrás.

Serán tus ojos mi oriente,
Serán tus labios mi gloria;
Y te daré por memoria
Una existencia tambien.
Y si la muerte la arranca
Y la lleva á ignota esfera,
Serás mi luz hechicera,
Y yo desde allá, tu Eden.

Amame, pues, vírgen pura,
Y te daré mi armonía,
Y un mundo de poesía
A tus pies haré rodar.
Tiende á mí tu bienhechora
Y vacilante mirada,
Linda rosa iluminada
Por mi estrella tutelar.

¡Ay! ¡adíos! y mientras brama
Paris, la inmensa, á tu planta
A mis sentidos encanta
Y adorémosnos los dos;
Que tal vez un horizonte
De eternas flores ceñido,
Con delirio ha concebido
Y para nosotros... Dios!

ALEJANDRO.

FÁBRICA DE TABACOS DE MADRID.

Este edificio situado junto al portillo de Embajadores, en la calle del mismo nombre sobre una superficie de mas de 100.000 pies, se construyó en 1790, y su primer destino fué para fábrica de aguardientes, barajas, papel sellado y depósito de efectos plomizos.

Hasta la época del gobierno intruso, no se estableció en Madrid la elaboracion de cigarros y rapé, y esto solamente con 600 ú 800 operarias. Despues, tomando gran importancia, ha llegado á contar con 3.000 operarias, y en el día está al mismo nivel que otras fábricas del reino.

La lámina que ofrecemos hoy á nuestros lectores, representa la vista interior del gran corralon que existe al Mediodía con destino al oreo de los tabacos.

EL AMBICIOSO POR AMOR.

TRADUCCION DEL FRANCÉS.

(Conclusion.)

»Tú lo has dicho, mi ángel amado: mi persistencia debe obtener su corona: dentro de poco hablaré desde la tribuna francesa á mi pais, á la Europa: mi nombre llegará hasta tí por las cien voces de la prensa. Es verdad que he venido viejo á Besanzon, y Besanzon me ha envejecido mas; pero como Sixto V, seré jóven al siguiente día de mi eleccion. Entraré en mi verdadera vida, en mi esfera; entonces tú y yo estaremos á la misma altura. ¿El conde Rodolfo de.... embajador de no sé donde podrá ya casarse con la princesa Colonna, viuda del príncipe Gandolphini? El triunfo rejuvenece á los hombres abrumados por incesantes luchas. ¡Oh! vida mia, ¡con qué alegría he saltado desde mi biblioteca al gabinete para ver tu querido retrato y comunicarte mis progresos antes de escribirte! Sí, mis votos, los del vicario general, y los de mi nuevo cliente aseguran ya mi eleccion.»

26.

«Corazon mio: hace once años, desde la dichosa *soirée*, en que la bella princesa ratificó con una dulce mirada las promesas de la proscripta Francesca. ¡Ah, querida mia! ¡ya tienes treinta y dos años, yo tengo treinta y cinco y el apreciable príncipe tiene setenta y siete, es decir, él solo cuenta diez años mas que nosotros dos, y continúa bien de salud! Dale mis recuerdos y dile, que le concedo tres años mas de vida: necesito este tiempo para elevar mi fortuna á la altura de tu nombre. Ya lo ves, estoy alegre y me rio: este es el efecto de una esperanza: tristeza ó alegría, todo proviene de tí. La esperanza de poseerte, me vuelve al tiempo en que te conocí, donde mi vida se unió á la tuya, como la tierra á la luz. *Qual pianto* en estos once años; porque hoy 26 de diciembre, es el aniversario de mi llegada á Gersau, en el lago de los Cuatro-Cantones. ¡Once años que me lamento y que tú me iluminas!»

27.

«No, querida mia, no vayas á Milán, quédate en Génova; Milán me espanta. No me gustan esas costumbres milanesas, de conversar todas las noches en la *Scala* con una docena de personas, entre las cuales es fácil haya alguna que se aficione á tí y te diga dulzuras. Para mí la soledad es como un pedazo de ámbar, en cuyo seno vive un insecto con su inmutable belleza. El alma y el cuerpo de una muger quedan así puros y en la forma de su juventud.»

28.

«¿Cuándo se concluirá tu estatua? quisiera tenerte en mármol, en lienzo, en miniatura, de todas maneras, para engañar á mi impaciencia. Espero ese cuadro que pintas de la vista al Mediodía de tu posesión. Hoy estoy tan ocupado, que apenas puedo decirte nada; pero este nada es todo. ¿No es de la nada de donde hizo Dios el mundo? ese nada es una palabra, la palabra de Dios «yo te amo.»

30.

«¡Ah, he recibido tu diario! ¡Gracias por tu exactitud! Me preguntas, cómo estoy de salud: mucho mejor que en París, aunque trabajo enormemente; la tranquilidad de los medios tiene influencia sobre el alma.

«Lo que fatiga y envejece, querido ángel, son esas angustias de la vanidad engañada, esas irritaciones continuas de la vida parisien; esas luchas de ambiciones rivales. La calma es un consuelo balsámico.

«¡Si supieses qué placer me produce tu carta, esa larga y consoladora carta, donde me pintas tan bien los menores accidentes de tu vida!

«Vosotros las mugeres no sabéis jamás hasta qué punto se interesa un verdadero amante por esas pequeñeces. La muestra de tu nuevo vestido me ha causado gran satisfacción, ¿es por ventura indiferente tener conocimiento de tu compostura? ¿Te exaltan los cantos de Victor Hugo? quiero leer los libros que tú lees: no hay nada tuyo que no me enterece, hasta tu paseo por el lago. Tu carta es bella, suave como tu alma. ¡Oh, flor celeste y constantemente adorada! ¿Podría yo vivir sin esas queridas cartas que hace once años me están sosteniendo en mi difícil camino, como una claridad, como un perfume, como un canto sublime, como un alimento divino, como un halago consolador? No dejes de escribir. ¡Si supieras cuál es mi angustia la víspera de recibir tus cartas y el dolor que me causa el retardo de un día! ¿Está enferma? ¿él quizás? Estoy entre el infierno y el paraíso, me vuelvo loco! *Cara diva*, ejercita tu voz, cultiva siempre la música, estudia. Estoy enagenado con esta conformidad de trabajos y de horas que hace que, separados por los Alpes, vivamos exactamente de la misma manera. Este pensamiento me encanta y me dá valor. ¡Ah! no te he dicho que cuando hablé por primera vez en la sala, me habia figurado que tú me escuchabas, y sentí de repente ese movimiento de inspiración que eleva al poeta sobre la humanidad. Si voy á la Cámara ¡oh! tú vendrás á París para asistir á mi *debut*.»

30 por la noche.

«¡Dios mío! ¡Cuánto te amo! He puesto demasiadas cosas en mi amor y en mi esperanza. Cualquier azar que hiciese zozobrar mi barca, llevaria consigo mi vida. Hace tres años que no te veo, y con la idea de verte late mi corazón de tal modo que me obliga á detenerme... Verte, oír esa voz infantil y acariciadora; abrazar con los ojos esa tez de marfil tan resplandeciente y bajo la cual se adivina tu noble pensamiento; admirar tus dedos tocando las teclas del piano; recibir tu alma en una mirada, y tu corazón en un acento de un *joimé!* ó de un *¡Rodolfo!* ¡pasearnos entre los naranjos en flor; vivir algunos meses en el seno de ese sublime paisaje... Esa es la vida. ¡Oh! ¡qué necesidad correr tras el poder, el nombre, la fortuna, cuando todo se halla en la orilla de ese lago! ¡allí está la poesía, allí está la gloria! Adios, ángel mío, perdóname estas tristezas en gracia de esa alegría caída como un rayo de la llama de la esperanza.»

«¡Cómo ama! exclamó Rosalía, dejando caer aquella carta que no podía sostener entre sus manos; ¡después de once años escribir así! ¡Marieta! dijo llamando á su doncella, echa esta carta al correo y dí á Gerónimo que sé todo lo que deseaba y que sirva fielmente á su señor. Nosotras nos confesaremos de estos pecados, sin decir á quien pertenecían las cartas, ni adonde iban. He cometido un error del cual yo sola soy culpable.

En medio de las borrascas de su pasión, á veces escuchaba Rosalía la voz de la conciencia: luego reflexionó que se inolaba por él, y pensaba para sí:—*Ella* no sabe amar. ¡Ah! si fuese yo, yo lo sacrificaría todo á un hombre que me amase así... ¡Ser amada!... ¿Cuándo y por quién lo seré yo?

Pocos días después supo Rosalía que Rodolfo no quiso encargarse del pleito de las tierras de Rouxey, y en su acceso de desesperación, miraba al abogado en su gabinete exclamando con delirio:—Yo me contentaba con solo la dicha de verte, oírte, ir á las tierras de Rouxey contigo... yo no quería mas... ¡Pero ahora seré tu muger! Sí, sí, mira sus retratos, examina sus salones, su cámara, la vista al Mediodía de su jardín. ¡Espera su estatua! á ella misma la convertiré de mármol para tí. Además esa muger no ama: las artes, las ciencias, las letras, el canto, la música le han absorbido la mitad de sus sentidos y de su inteligencia. ¡Por otra parte es vieja, tiene mas de treinta años y mi Rodolfo sería desgraciado!

X.

Han pasado dos años y Rodolfo con la constancia que le inspira su amor ha salvado todos los obstáculos que se le presentaban para su elección; pero hace tres meses que no tiene noticias de su adorada Francesca. Es la una de la madrugada y Rodolfo hace tres días no puede conciliar el sueño: está sentado en su biblioteca, la cabeza pálida como si fuese á espirar, las manos caídas, en una actitud de abandono digno de la Magdalena. Las lágrimas se deslizan entre sus largas pestañas y corren por sus mejillas: el pensamiento las bebe, el fuego del alma las devora. ¡Está solo y puede llorar!

—¡Hace tres meses no recibo carta tuya! dice mirando al

retrato, ¿qué será de tí? ¡Hé estado dos meses sin escribirte! ¡pero te lo habia prevenido! ¿Estás enferma? ¡oh amor mío! ¡mi vida! ¿Sabrás tu jamás lo que yo sufro? ¡Qué fatal organización es la mía? ¿tengo un aneurisma? se preguntaba él, sintiendo los fuertes latidos de su corazón, como en medio del silencio se oyen los granos de arena cayendo sobre una caja. En aquel momento tres golpes dados discretamente en la puerta sacaron á Rodolfo de su enagenación: fué al momento á abrir y vió entrar al vicario general alegre y con aire de triunfo. Rodolfo se adelantó hácia el abad sin decirle una palabra, le cogió en sus brazos y dejó caer su cabeza sobre la espalda de aquel anciano: se volvió niño y lloró como habia llorado cuando supo que Francesca era casada: nadie vió su debilidad sino aquel sacerdote en cuyo rostro brillaban los resplandores de la esperanza. El sacerdote estuvo sublime, y tan fino como sublime.—Perdon, querido abad; pero habeis venido en uno de esos momentos supremos en que el hombre desaparece, ¡ah! no me creais un ambicioso vulgar.

—Sí, lo sé, repuso el abad, vos sois el ambicioso por amor. ¡Oh! hijo mío, una desesperación de amor fué quien me hizo sacerdote en 1786, á los veinte y dos años. En 1788 ya era cura. Conozco la vida y he rehusado tres obispos, porque quiero morir en Besanzon.—¡Oh! vedla, exclamó Rodolfo tomando una bugia y llevando al abad hácia el retrato.—¡Es una de esas mugeres que han nacido para reinar! dijo el vicario comprendiendo en aquella muda confianza el afecto que Rodolfo le manifestaba. Hay mucha altivez en esa frente, es implacable, no perdonaria una injuria. ¡Es un arcángel Miguel, ángel inflexible! ¡Todo ó nada! es la divisa de esos caracteres angélicos.—La habeis adivinado, exclamó Rodolfo. Pero mi querido abad, hace mas de doce años que reina sobre mi vida.—¡Ah! ¡Si hubieseis hecho tanto por Dios! dijo sencillamente el abad.

Después hablaron de la elección, manifestándole el vicario la seguridad del triunfo.

XI.

Un mes después de la entrevista del abad y Rodolfo, todo Besanzon se perdía en conjeturas sobre la desaparición del abogado, estando tan á punto de realizar sus planes. Gerónimo contó al día siguiente de la partida «que serian las once de la noche cuando paró en la puerta de Rodolfo un carruaje tirado por cuatro soberbios caballos, un correo y un criado, y que bajó un señor anciano, que no podía ser sino un príncipe ó un millor, y tuvo una larga conferencia con su amo. Este, al ver la tarjeta, se puso pálido como la cera y le hizo entrar al momento; y como cerraron la puerta le fué imposible á Gerónimo averiguar de lo que trataron. El criado vió salir á Rodolfo con un paquete y al anciano con un gran legajo: el abogado mas pálido que el que vá á morir, inspiraba compasión: trataba al anciano con todos los miramientos de un rey y le acompañó hasta el carruaje que partió como á cosa de las tres de la mañana. En seguida fué Rodolfo á la Prefectura, y después fué á tomar una silla de posta. Entró en su casa para arreglar su equipaje, y sin duda, escribió muchas cartas: puso en orden sus negocios con el vicario general que estuvo con él hasta las siete: á las siete y media salió el abogado, estaba como un cadáver, subió al coche y le dijo al postillon:—«Camino de Génova.»

En el mes de abril de 1836 nadie habia tenido noticia, ni habia oído hablar de Rodolfo; pero el 25 de mayo se leía en la *Gaceta* de Florencia la noticia siguiente:

«El matrimonio del duque de Rhetoré, hijo primogénito del duque de Chaulieu, antiguo embajador, con la señora princesa Gandolphini, nacida princesa Colonna, se ha celebrado con esplendente magnificencia. Las numerosas fiestas dadas con motivo de este enlace, animan en este momento la ciudad de Florencia. La fortuna de la señora princesa Gandolphini, es de las mas considerables de Italia, porque su difunto esposo la habia instituido su legataria universal.»

Tampoco el abad, á pesar de las pesquisas que hizo, pudo tener noticias sobre la suerte de Rodolfo.

XII.

La señorita de Watteville estaba bajo el peso de una profunda melancolía pensando en las desgracias de Rodolfo, porque ciertamente eran obra suya; y en un parasismo de arrepentimiento, sintió la necesidad de revelar al abad de Grancey las espantosas combinaciones, por las cuales habia separado á Francesca de Rodolfo. Era de un modo tan sencillo como formidable. Rosalía habia suprimido á Francesca las cartas de Rodolfo, y aquella en que Francesca anunciaba á su amante la enfermedad de su marido, previniéndole no podría escribirle durante el tiempo en que ella se consagrara como debía á un moribundo. Así es, que en el tiempo de la lucha electoral, Francesca no le habia escrito mas que dos cartas; una en que le anunciaba el peligro de su esposo, y otra en que le comunicaba su viudez: dos nobles y sublimes cartas que Rosalía guardó. Después de haber trabajado por espacio de muchas noches, habia llegado Rosalía á imitar perfectamente la letra de Rodolfo, y á las verdaderas cartas de este amante fiel, habia sustituido tres cartas cuyos enredos hicieron estremecer al anciano sacerdote; ¡con tanta perfección aparecía en ellas el genio del mal! Escribiendo Rosalía por Rodolfo, preparaba á la princesa al sorprendente cambio del fiel amante en el francés veleidoso, y respondía á la noticia del fallecimiento del príncipe, con la noticia del próximo enlace de Rodolfo con la señorita Rosalía de Watteville. Ambas cartas debían cruzarse y se habian cruzado. El espíritu infernal con que fueron escritas las cartas, sorprendió de tal modo al vicario, que las leyó por dos veces. A la última carta, herida Fran-

cesca en la fibra mas delicada de su corazón, habia contestado estas sencillas palabras: «Quedais libre, adios.»—Los crímenes puramente morales que no pertenecen á la jurisdicción de la justicia humana son los mas infames, los mas odiosos, dijo severamente el abad de Grancey. Dios los castiga en la tierra y esa es la razon de las espantosas desgracias que nos parecen inexplicables. De todos los crímenes envueltos en el misterio de la vida privada, uno de los mas ignobles es el romper el sobre de una carta ó leerla subrepticamente. Toda persona, sea cualquiera la razon que tenga para permitirse este acto, echa una mancha irreparable en su probidad. ¡Comprendeis lo sublime, lo divino de la historia de aquel paje falsamente acusado, portador de una carta donde va la sentencia de su muerte, que se pone en camino sin que ningun fatal pensamiento venga á turbar su reposo, y que la Providencia toma entonces bajo su protección y le salva, como decimos, milagrosamente? ¿Sabéis en qué consiste el milagro? Las virtudes tienen una aureola tan poderosa como la de la infancia inocente. Os amonesto así, y sin embargo no puedo absolveros, dijo el anciano sacerdote á Rosalía con una profunda tristeza.

¡Ay! No soy el gran penitenciarío, no estais arrodillada á los pies de Dios. Soy únicamente un amigo aterrado de los castigos que os esperan. ¿Qué es del pobre Rodolfo? ¡El suicidio tal vez!... El ocultaba una violencia terrible bajo su afectada calma. Comprendo ahora que el anciano príncipe Colonna ha venido por las cartas y los retratos de su hija. Este es el rayo caído sobre la cabeza de Rodolfo, que sin duda habrá ido á justificarse... ¿Pero cómo en catorce meses no ha dado noticias suyas?—¡Oh! si él se casara conmigo ¡seria tan dichoso! exclamó Rosalía.—¡Dichoso! Él no os ama.—¿Y qué debo hacer? dijo ella después de una pausa.—Para reparar vuestras faltas, seria necesario conocer la extensión de ellas.—Pues bien, voy á escribir al solo hombre que puede tener noticias de Rodolfo, á Mr. Leopoldo Hannequin, notario de París, su amigo de la infancia.—No escribais mas que para rendir homenaje á la verdad, respondió severamente el abad. Confíadme las verdaderas cartas y las falsas; hacedme vuestra confesion detallada, como al director de vuestra conciencia: antes de todo, es volver á ese desgraciado su inocencia ante el sér á quien él ha hecho su Dios sobre la tierra. Después de haber perdido su dicha, justo es que tenga su justificación. Rosalía prometió obedecer al abad, esperando de este modo atraer á Rodolfo quizás.

Poco tiempo después de estas confidencias, llegó á Besanzon un agente de Mr. Leopoldo Hannequin, con plenos poderes de Rodolfo para vender la casa que le pertenecía: el vicario le preguntó qué era de aquel bello y noble luchador, á lo cual respondió el agente, que solo su principal lo sabia y que estaba muy afligido con la última carta de Rodolfo.—Cuando el abad supo esta noticia escribió á Leopoldo: hé aquí la respuesta del digno notario.

Al señor abad de Grancey, vicario general de la diócesis de Besanzon.

«¡Ay! señor; no hay poder humano que haga volver á Rodolfo á la vida del mundo; ha renunciado á ella: es novicio en la Grande-Chartreuse, cerca de Grenoble. Vos sabéis mejor que yo, que todo muere en el umbral de ese claustro. Preveyendo mi visita, Rodolfo ha puesto al general de su orden entre nuestros esfuerzos y él. Conozco bastante aquel corazón noble y generoso para saber que es víctima de una trama odiosa é invisible para nosotros; pero todo está consumado. La señora princesa de Gandolphini, hoy duquesa de Rhetoré, me parece ha llevado al extremo su crueldad. En Belgrate, donde ya no estaba cuando llegó Rodolfo, habia dejado órdenes para hacerle creer que habitaba en Londres. De Londres fué Rodolfo á buscar á su querida á Nápoles, y de Nápoles á Roma, donde ella se entendia con el duque de Rhetoré. Donde Rodolfo encontró á la princesa fué en Florencia, en el momento en que celebraba su matrimonio. Nuestro pobre amigo se desmayó en la iglesia, y jamás ha podido, ni aun hallándose en peligro de muerte, obtener una explicación de esa muger; ¡oh! ¡debe tener un corazón de roca! Después ha viajado durante siete meses en busca de una criatura salvaje que parece huía ante él: no sabia cómo ni dónde hallarla. He visto á nuestro desgraciado amigo de paso por París; si le hubieseis visto, como yo os hubierais convencido que hablarle de la princesa era provocar una crisis en la cual habria perdido la razon. Si hubiera conocido su crimen habria hallado medios de justificarse. Pero ¿qué hacer? estaba acusado de haberse casado. Rodolfo está demasiado muerto para el mundo. Ha querido el reposo; esperamos que el profundo silencio y la oración, hagan de otro modo su dicha. Vos que le habeis conocido, señor, rogad por él y que tambien rueguen sus amigos.»

Quando terminó el buen abad de leer la carta, escribió al general de la orden de la Grande-Chartreuse: hé aquí la respuesta del mismo Rodolfo.

El hermano Rodolfo al señor abad de Grancey.

«He reconocido, mi muy amado vicario general, vuestra alma tierna y vuestro corazón jóven aún en todo lo que acaba de comunicarme el R. P. general de nuestra orden. Vos habeis adivinado el solo voto que quedaba en el último pliegue de mi corazón relativamente á las cosas mundanas; hacer justicia á mis sentimientos por la que me ha tratado tan mal. Pero dejándome en libertad de usar de vuestro ofrecimiento, el R. P. general ha querido saber si mi vocación era firme, y ha tenido la insigne bondad de manifestarme su pensamiento viéndome decidido á permanecer en el silencio absoluto. Si yo hubiese cedido á la tentación de rehabilitar al hombre del mundo, el religioso no hubiera entrado en este monasterio. La gracia ha obrado ciertamen-

te; y aunque el combate ha sido corto no por eso ha sido menos vivo y cruel. ¿No es esto bastante para deciros que no puedo volver al mundo? El perdón que me pedis para el autor de tantos males está concedido por completo y sin despecho alguno: rogaré á Dios para que la perdone como yo la he perdonado. Dirijo también á Dios mi oración ferviente para que conceda una vida dichosa á Mad. de Rhetoré. ¡Ay! ya sea la muerte ó la mano tenaz de una joven apasionada, ó bien uno de esos golpes atribuidos al azar, ¿no debemos siempre obedecer á Dios? El infortunio hace de ciertas almas un páramo desierto donde resuena la voz de Dios. He conocido demasiado tarde las relaciones entre esta vida y la que nos aguarda: todo ha muerto para mí. Yo no hubiera podido servir en las altas dignidades de la iglesia militante, y me retiro para el resto de mi vida al pie del santuario. Esta es la última vez que escribo: solamente vos que tanto me amais y á quien amo tanto, ha podido hacerme romper la ley del olvido que me he impuesto al entrar en la metrópoli de San Bruno; pero vos estaréis siempre en mi corazón y nombrado en mis oraciones.

Rodolfo.

Noviembre 1836.

—Tal vez sea esto para su bien, dijo el abad de Grancey.

A mi querido amigo don Fructuoso Mora.

Al dedicarte la traducción de esta novela, mas he procurado presentarte una gran lección de la vida, que hacer alarde de dotes literarias de que carezco. Recíbela en prueba de la amistad que te profesa

CASTOR AGUILERA.

NADA HAY NUEVO SINO LO QUE HA ENVEJECIDO.

Multa resascentur quæ jam cecidere, decía Horacio. «Nada hay nuevo sino lo ya olvidado», decía la señorita Bertin, modista de la reina María Antonieta: «No hay nada nuevo bajo el sol», aseguran por fin los que blasonan de eruditos en la presente época.

Hace tiempo ya que con toda suerte de variantes se oyen repetir esas especies, respecto á ciencias: que los modernos dicen nada han inventado, porque todos nuestros descubrimientos, todas las grandes obras de nuestra época, pertenecen á los antiguos. Pero todo esto es mas fácil de decir que de probar, tanto que Mr. Tournier, autor por otra parte distinguido que ha tomado por lo serio esas trivialidades despues del impropio trabajo de sostenerlas en dos buenos tomos, concluye conviniendo en todo lo contrario de la tesis que pretende defender.

Preguntamos nosotros: ¿Qué papel ha representado la antigüedad en la invención de la imprenta?—Ninguno.

¿Qué debemos á los antiguos tocante al descubrimiento del vapor y de sus infinitas aplicaciones?—Nada.

¿Cuáles son los descubrimientos de la antigüedad sobre la electricidad, y la manera de sacar partido de ese agente universal en instrumentos aplicables á las necesidades de la industria, de las artes, ó de la seguridad pública?—Son de todo punto nulos.

¿A qué época pertenece la invención de los ariéles?—Al año 1783.

¿A cuál se remonta el uso del alumbrado por medio del gas?—Al de 1799.

¿A qué época, el descubrimiento de la fotografía?—Al de 1839.

¿Y el de la eterización?—Al de 1846.

¿Y el de la piscicultura? etc., etc.

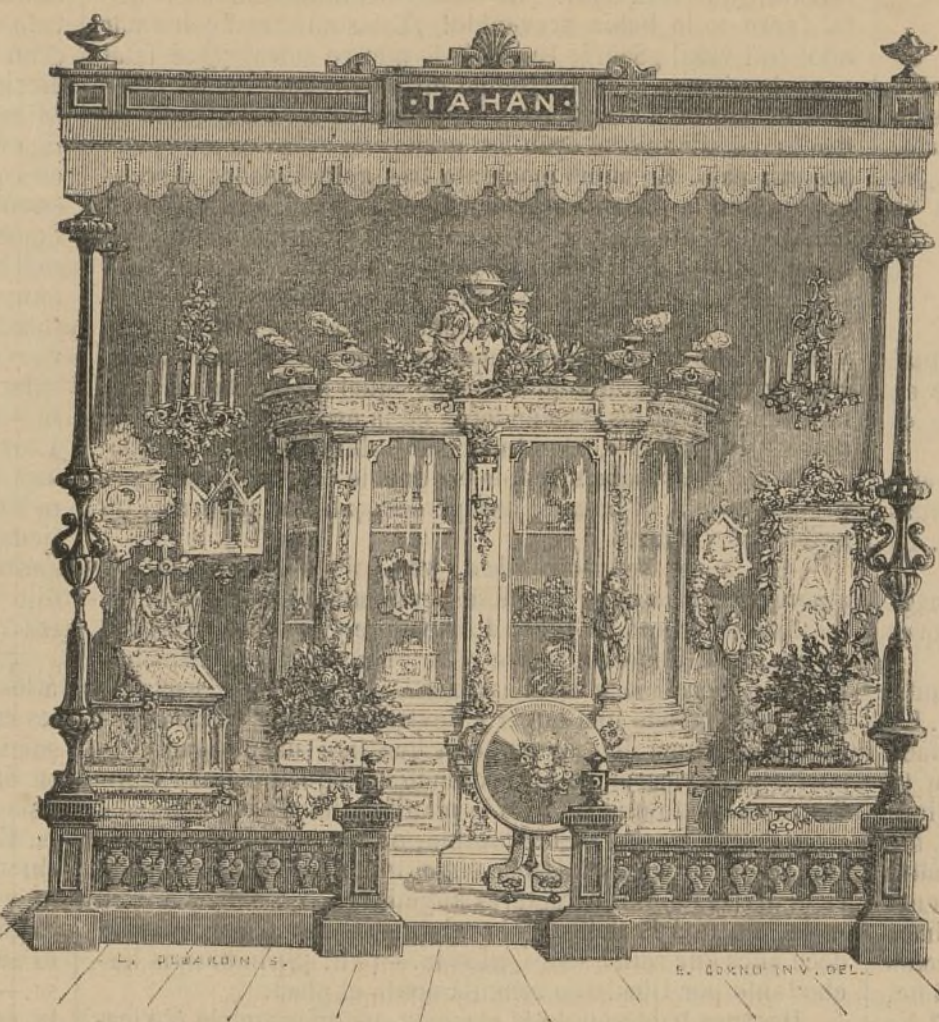
A una época bien próxima todos ellos.

No; no podemos conformarnos con que algunos renglones perdidos en un libraco viejo ignorado de todos, y en nuestros días exhumado, puede servir de fundamento para probar la existencia anterior en época fija de un invento científico. Los modernos mal pueden usurpar á los antiguos un descubrimiento en tanto que dicha invención no existiese ya á sabiendas de todos en la antigüedad. Ciertas líneas de un escritor oscurecido, vueltas á encontrar y trabajosamente comentadas por algun erudito de nuestros tiempos, quizá contribuyan á poner de relieve la sabiduría del autor de semejantes investigaciones; pero fuera lastimoso creer que consagrasen la existencia de dicho descubrimiento á la época á que se refieren.

Diffícil no es, con buena imaginación y alguna ciencia, hallar en escritores antiguos tal cual indicación de un orden análogo, algunos lineamientos de una idea realizada con brillo por la ciencia de nuestros días.

El autor á que hemos aludido de la obra titulada: «Lo viejo nuevo», hace singulares preguntas; por ejemplo, la siguiente: «¿Aunque los antiguos, dice, hubiesen conocido el vapor y la electricidad, de qué les habría servido?

Respondemos, que para utilizarlos: es claro, porque á haber conocido el siglo de Pericles y el de Augusto, la imprenta, la electricidad y el vapor; quiere decir que aquel hubiera sido simplemente lo que hoy es el siglo XIX, y á buen seguro que, en ello nada hubiese perdido la humanidad; al contrario, se hubiese ahorrado toda una época pro-



Aparador del emperador de los franceses.

longada de ignorancia y de barbarie, unida al cúmulo de males incalculables que la han acompañado.

Pero propiamente hablando, por lo que respecta á las ciencias físicas, no han sido creadas hasta el siglo XVII, por los trabajos de Galileo, de Bacon, Descartes, y Pascal. ¿Ni cómo podrían en la antigüedad haber inventado, v. gr. el telégrafo eléctrico, cuando hasta se carecía de la noción de la existencia de la electricidad bajo forma de corriente? ¿Ni cómo habrían podido construir una locomotora, cuando se desconocía entonces la existencia de una fuerza motriz en el vapor de agua? Otra observación hay que hacer en la obra del señor Tournier, y es que, al referirnos la supuesta historia antigua de descubrimientos científicos, solo nos ofrece datos modernos. Sus personajes, no solo no pertenecen á la antigüedad, sino que son modernos, y algunos tocando á nuestra época.

Al tratar del vapor, nombra á Papin y á Watt, quienes como todos saben distaban de ser griegos ni romanos.

Al referirse al telégrafo eléctrico, cita á Lesage y OEerstet, esto es, sabios de los siglos XVIII y XIX.

¿Y qué nombres hallamos en el capítulo de *alumbrados*? Los de Argand y de Quinquet; contemporáneos de Mirabeau, eso sí, pero no de Pericles, porque el alumbrado no data de cien años, como que no se había creado aún en 1779. La razón es obvia; el alumbrado perfeccionado como lo vemos hoy, se reduce á una simple aplicación de la química, y la química racional anteriormente á 1780, tampoco existía: *dixit*.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

PROVERBIOS, REFRANES Y MODISMOS (1).

QUEMAR LAS NAVES.

La frase histórica proverbial, «se ha visto precisado á quemar las naves», equivale á tomar una resolución extrema en un trance apuradísimo.

Tiene relación con la bien conocida hazaña de Hernán Cortés, cuando viendo á sus compañeros en la conquista de Méjico, irresolutos y titubeando en aquella gran empresa de seguirle, hizo echar á pique las naves que de la isla de Cuba los habían conducido á Nueva España, para que perdiendo la esperanza de volverse, no les quedara mas que la de vencer y triunfar.

Varios poetas han cantado esta heroica resolución. Don Nicolás Fernández de Moratín principia su canto épico «*Las naves de Cortés destruidas*», de esta manera:

«Canto el valor del capitán hispano
Que echó á fondo la armada y galeones,
Poniendo en trance sin auxilio humano,
De vencer ó morir á sus legiones.....»

Otro canto épico al mismo asunto compuso don José María Vaca de Guzmán, cuya introducción dice:

«Hijos de Palas; ínclitos varones,
Imágenes gloriosas de su aliento,
Las armas suspended, y las naciones
Oigan las hazañas que cantar intento,
Con que á su gente y bravos campeones
Supo empeñar al último ardimiento
El héroe grande, que enlazó al hispano
El opulento imperio mejicano.»

(1) Son tomados de una obra que vamos á publicar con el título: *Probable origen de muchos de los proverbios, refranes y modismos antiguos y modernos usados en España*.

Este célebre y nunca bien ponderado hecho de armas de Hernán Cortés, se cuenta también de Agatocles y Timarco, caudillos de los Etolios, y fué practicado igualmente mas de dos siglos antes que existiese el esforzado Cortés, en Galipoli, ciudad marítima de la Turquía Europea, por los capitanes que mandaban las fuerzas de la expedición de catalanes y aragoneses á Grecia, barrenando al efecto las galeras y demás embarcaciones, para que nadie pudiese retirarse ni dejar de batallar.

SIN FALTAR UNA JOTA.

Como esta letra es la mas pequeña del alfabeto hebreo, del griego y aun de otros idiomas, de aquí nació la expresión *Sin faltar una jota*, para decir ó indicar que no falta nada absolutamente. Dicha expresión es muy antigua, y la vemos usada ya por Jesucristo en el sermón que hizo en el Monte, según se lee en el cap. V, v. 18, del Evangelio de San Mateo. *Amen quippe dico vobis, donec transeat calum et terra jota unum aut unus apex non prateribit á lege, donec omnia fiant.*

En verdad os digo, que antes faltarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley, hasta una sola jota ó ápice de ella.

Hasta mediados del siglo XVI, se solía confundir la J con la I; pero entonces un tal Pedro Ramus principió á distinguir la J consonante de la I vocal, habiéndolo ensayado en una gramática que publicó en el año 1537, cuyo uso se fué luego generalizando.

La J se introdujo en la imprenta por los holandeses, por cuya razón algunos tipógrafos la llaman todavía J de Holanda.

LAVARSE LAS MANOS EN UN NEGOCIO.

Es lo mismo que descartarse de un asunto, rehuir toda la responsabilidad que pueda tener una cuestión en la parte injusta ó odiosa.

Este modismo y su práctica son antiquísimos y generales. Viendo el débil é inícuo Pilatos que nada adelantaba para demostrar al populacho de Jerusalem, escitado por los príncipes de los sacerdotes, escribas y fariseos la inocencia de Jesús, antes bien que cada vez crecía en tumulto, mandó como dice San Mateo—cap. XXVIII, v. 24 y 25,—traer agua y se lavó hipócritamente las manos á vista del pueblo, diciendo: «Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os las avengais.» A lo cual toda la turba alborotada contestó: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.»

Se ignora si Pilatos tomó la ceremonia de lavarse las manos, de los mismos judíos, ó era ya práctica común á otras naciones para dar testimonio de la inocencia de un negocio.

En el *Deuteronomio*, cap. XXI, v. 6, se prevenía que cuando se encontrase el cuerpo de un hombre muerto sin haberse descubierto el matador, se lavasen todos las manos —«Lavabuntque manus suas»—en testimonio de su inocencia, diciendo: «nuestras manos no han derramado esta sangre: ni nuestros ojos lo han visto», con cuya ceremonia dice el legislador hebreo, «no recaerá sobre ellos el reato de homicidio. El auferetur ab eis reatus sanguinis.»

ANDA ENALMAGRADO.

Insulto mayor que un día podía hacerse en España á una persona decente: equivalía á decirle judío, ruin y señalado.

Aunque de tiempo inmemorial hubo judíos en España, casi en todos se les fué apremiando, ya por ser considerados como descendientes de los *deicidas*, ya por su comportamiento, en general siempre miserable y á veces criminal.

Recaredo publicó ya una ley para reprimir sus excesos, y don Enrique por los años 1370 en las cortes que se tuvieron en Toro, mandó que los judíos que habitaban en el reino mezclados con los cristianos, trajesen cierta señal con que fuesen conocidos y diferenciados de los demás. Estos se llamaban *judíos de señal*. El año de 1403 se ordenó y ejecutó que los judíos trajesen por distintivo un pedazo de paño rojo de forma circular, en el hombro derecho, de donde vino llamarlos *enalmagrados*, porque verdaderamente parecía una señal hecha con almagre, igual á la que se marca al ganado para distinguir ó no confundir un hato de ovejas ó carneros con otro.

También se les mandó traer á los judíos, desde tres años para arriba, otra señal de paño azul en forma de una luna menguante, casi redonda porque se juntaban las dos puntas ó cuernos de ella.

Barcelona.

V. JOAQUÍN BASTÚS.

Por todo lo no firmado,

R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTÍNEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez,
calle del Arco de Santa María, núm. 7.